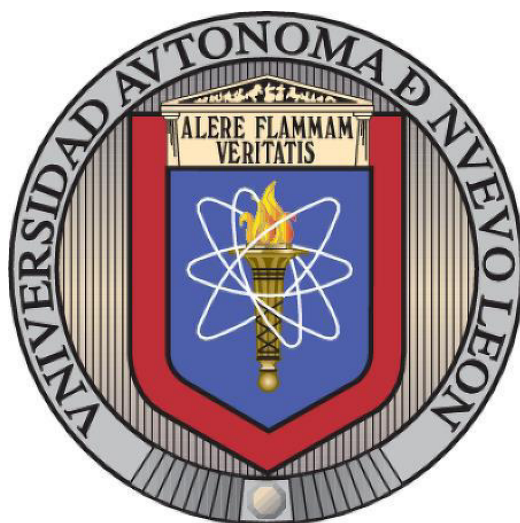


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FACULTAD DE PSICOLOGÍA



TESIS

“Aggredior ergo sum: la agresividad como estrategia subjetiva en la construcción de la identidad”.

Presenta

Citlali García Villaseñor

Estudio de caso clínico como requisito para obtener el grado de Maestría en Psicología con Orientación en Clínica Psicoanalítica

Diciembre 2015



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
SUBDIRECCIÓN DE ESTUDIOS DE POSGRADO**



Tesis

“*Aggredior ergo sum*: la agresividad como estrategia subjetiva en la construcción de la identidad”.

Presenta

Citlali García Villaseñor

Estudio de Caso Clínico como Requisito para Obtener el Grado de
Maestría en Psicología con Orientación en Clínica Psicoanalítica

Director de Tesis

Dr. Guillermo Vanegas Arrambide.

Monterrey, Nuevo León,

diciembre de 2015

A mi madre,
por enseñarme a caminar.

A mi padre,
por enseñarme a volar.

ÍNDICE

Índice	i
Agradecimientos	iv
Introducción	1
1. CAPÍTULO I: EL PROYECTO	5
1.1. Antecedentes	5
1.2. Objetivos	11
1.2.1. Objetivo general	11
1.2.2. Objetivos específicos	11
1.3. Supuestos	11
1.4. Limitaciones y delimitaciones	12
1.5. Justificación	14
NOTAS	16
2. CAPÍTULO II: MARCO TEÓRICO	17
2.1. Hacia una delimitación del caso	17
2.2. La circunscripción del término	18
2.3. De la identidad a la identificación	21
2.4. A propósito de la agresividad	26
2.4.1. Pulsión de vida y pulsión de muerte	26
2.4.2. Construcción del concepto de yo y el estadio del espejo	26
2.5. Estructuración del cuadro clínico	27
2.5.1. Tener hijos no significa ser madre	31
2.5.2. Necesidad y demanda	32
2.5.3. Alienación y separación	33
NOTAS	36
3. CAPÍTULO III: LA RUTA METODOLÓGICA	37
3.1. Metodología	37
3.2. Instrumentos	39
3.3. Procedimientos	40
3.3.1. Entrevistas preliminares	40
3.3.2. Encuadre	41
3.3.3. Asociación libre	42
3.3.4. Atención parejamente flotante	42
3.3.5. Neutralidad	42
3.3.6. Abstinencia	43
3.3.7. Condiciones institucionales	43
3.4. Técnicas y estrategias de intervención	44
3.4.1. Instrumentos para recabar información	44
3.4.1.1. Hoja de preconsulta	44
3.4.1.2. Discurso del paciente	44
3.4.1.3. Viñetas clínicas	45
3.4.1.4. Preguntas sobre datos específicos	45

3.4.2. Instrumentos de concientización	46
3.4.2.1. Interpretación	46
3.4.2.2. Señalamientos	46
3.4.2.3. Confrontación	47
3.4.2.4. Construcción	47
CAPÍTULO IV: CASO CLÍNICO	49
4.1. Historial clínico	49
4.1.1. Resumen general del caso clínico	49
4.1.2. Motivo de consulta	51
4.1.3. Demanda del tratamiento	52
4.1.4. Sintomatología actual	52
4.1.5. Impresión diagnóstica	53
4.2. Estructura subjetiva	54
4.2.1. Contexto personal y familiar	54
4.2.2. Figuras significativas	55
4.2.3. Estructura edípica	57
4.2.4. Perfil subjetivo	59
4.2.4.1. Maneras de interacción	59
4.2.4.2. Identidad sexual	59
4.2.4.3. Rasgos de carácter	59
4.2.4.4. Recursos yóicos	60
4.2.4.5. Mecanismos de defensa	60
4.2.4.6. Características del superyó	61
4.3. El Complejo de Edipo	61
4.3.1. Identificación con el deseo de la madre	61
4.3.2. En el nombre del padre	64
4.4. <i>Aggredior ergo sum</i> : Agredo luego existo	66
4.5. Avatares del proceso terapéutico; toma de conciencia. Alienación y separación	70
NOTAS	75
5. CONCLUSIONES	76
Bibliografía	85
Linkografía	88

AGRADECIMIENTOS

Cuando se agradece, es porque se ha recibido algo; y al mismo tiempo se le aprecia y se le reconoce.

Así, quiero agradecer a mi madre por estar siempre; por ser una luz enorme de armonía y paciencia; y ser el mejor ejemplo de tenacidad y éxito. A mi padre, por ser el revisor más estricto de todos mis trabajos desde que aprendí a escribir, incluido éste; porque nunca ha permitido que deje de creer en los superhéroes; y por ser el modelo andante de humildad y sabiduría. A ambos por ser patrocinadores del proyecto. A mi hermano Axel, por convertirse en mi más recio competidor, cómplice y compañero de triunfos.

Quiero agradecer también a mi director de tesis, Dr. Guillermo Vanegas Arrambide, y mis revisores: Dr. Manuel Muñíz García y Dr. Alejandro Moreno Martínez. Reconozco la trayectoria que los ha puesto en el lugar que ahora ocupan y premio su entera disposición para la revisión de mi documento. Ha sido un entero privilegio trabajar a su lado.

Gracias totales a mis supervisores; y hago una mención especial a mi analista, Ana Baños por guiar mi análisis, sin el cual, la manera en que hago clínica, no sería.

Reconocer lo que ha tenido lugar para la presentación de este trabajo de investigación es para mí más que importante. Prescindir de este acto simplemente no sería justo.

¡Hasta la victoria siempre!

Introducción

“Comenzar bien no es poco, pero tampoco es mucho”, dijo hace unos cuantos años un filósofo que paseaba por las plazas de Atenas, esparciendo su manera de hacer conocimiento del mundo mediante la mayéutica. Es por eso que en este primer encuentro con la investigación que aquí se presenta, el lector podrá efectuar una mirada panorámica de lo comentado en ella. Empezar así *bien*, vislumbrando las piezas del análisis de un recorte clínico y sus momentos.

Acertadamente Cancina (2008) remarca las maneras de formalización del saber, pensando en que para volverlo transmisible y enseñable, la “reducción simple” desde una lógica epistemológica ha de ser implicada. Esta reducción, de los términos, es lo que permite que la experiencia se vuelva formulable; se trata nada menos que de la disminución de la explicación a la menor cantidad posible de conceptos o nociones necesarias.

Precisamente eso es lo que se intentará aquí, en un inicio. Los términos y conceptos que son utilizados fueron acotados, en la que intenta ser una breve dilucidación de cómo los elementos son puestos en juego para constituir una neurosis con la aparición de rasgos obsesivos; para después desarrollar el por qué se piensa en la agresividad como una estrategia subjetiva servible en la conformación de la identidad de un sujeto en edad adolescente.

Previo a la revisión del tronco teórico del trabajo, se habrá de hacer un recorrido por las investigaciones que preceden a este último, ya que la agresividad es un tema que ha sido hartamente investigado por diferentes teóricos no sólo del psicoanálisis sino de otras muchas

disciplinas, otorgándole un papel sustancial en la conformación del psiquismo de los sujetos –de manera individual– y de las masas –como colectivo–.

Tras el escrutinio de los conceptos se podrá hallar el desarrollo de diversas propuestas teóricas ligadas sí a esos conceptos que ya se han explicado; pero, principalmente, al caso clínico y a sus vicisitudes, foco del microscopio en que se convirtió nuestra escucha. ¿Qué entendemos por identidad?, ¿desde dónde se explica la agresividad?, ¿cuál es su etiología?, ¿a qué figuras está conectada la conformación de la neurosis obsesiva? Son algunas de las preguntas que si bien podrían o no ser respondidas en su totalidad, cuando menos se dinamizan para conseguir un muelle del cual anclar supuestos y construcciones, todo desde el ojo del psicoanálisis.

Una vez cruzada la valla de la teoría, sostén, pero al mismo tiempo acompañante permanente de todo el trabajo de investigación, se procederá a observar de cerca la radiografía del sujeto en cuestión; desde el momento y las circunstancias en las que se comenzó el tratamiento, pasando por la constitución familiar, y desembocando en el análisis de su discurso y los movimientos subjetivos que hicieron de las suyas tras el establecimiento de un dispositivo terapéutico, con el toque de la transferencia.

Los hallazgos que con el trabajo de investigación se han conseguido, se convierten al final del documento, en lo que la construcción del caso deja ver. Cabe aclarar esto, ya que se presenta aquí lo que precisamente surge de una construcción, que sí tiene que ver con el caso mismo, pero que deja asomar únicamente una porción magra que aún con esta característica, posibilita la elaboración de todo el recorrido que encuentra su meta en las conclusiones.

La especificidad de lo singular que difiere al psicoanálisis hace que lo típico, lo general, sea difícilmente encaminado a la singularidad del caso. Tal ocurre con las conductas violentas que frecuentemente son asociadas a una edad, clase social, género, etc., desde una perspectiva psiquiatrizada; empero con el psicoanálisis ocurre diferente. Ahí donde un médico ve síntomas “típicos” de tal o cual comportamiento, el analista observa esos detalles que para otros no tendrían ningún sentido.

Únicamente para no minimizar la gama de lo que nos podemos encontrar en la clínica, como lo son: ataques de ansiedad, de pánico, adicciones, anorexias, etc., que parecieran tener síntomas típicos en contraste con la importancia que se da a lo singular en psicoanálisis, pensemos respecto a esto lo que dijo Freud en 1917 ante la controversia en su momento: “...si los síntomas individuales dependen de manera tan innegable al vivenciar del enfermo, para los síntomas típicos queda la posibilidad de que se remonten al vivenciar típico en sí mismo común a todos los hombres”.

Lo anterior se menciona debido a que se piensa en el método psicoanalítico como la aplicación del mismo sobre lo singular, pero también en que suele ser aplicable a lo típico, siempre y cuando no se caiga en las redes de la tranquilidad de los encasillamientos, según convenga para el que escribe. Y desde luego que se puede llegar a la formalización del saber de la que hablábamos al inicio, siempre y cuando la misma no se concluya, sino que deje siempre abierta la posibilidad para que una nueva interrogante haga su aparición.

Con el recorte clínico que a continuación se presenta, se espera que el lector encuentre una ocasión para empatar la apuesta teórica con la historia del sujeto, y una congruencia

placentera en lo que aquí se enuncia.

Capítulo I

“Voy a hacer un pronóstico: Puede pasar cualquier cosa”.

Roy Atkinson.

1.1. Antecedentes

El psicoanálisis al igual que otras disciplinas se ha ocupado de esclarecer, desde su campo de estudio, la problemática de la agresividad y su relación con las conductas violentas, e inclusive le ha otorgado un lugar privilegiado, ya que se logra observar desde etapas tempranas del desarrollo, asociándole con la pulsionalidad y sexualidad del sujeto.

Alfred Adler en 1908 durante una de las sesiones del “miércoles por la noche”ⁱⁱⁱ en Viena, titulada “El sadismo en la vida y la neurosis” avanzó en la hipótesis de una *pulsión de agresión*, pulsión fundamental, común denominador de toda pulsión. Según el autor, el sadismo o el masoquismo no son más que determinada “combinación de la pulsión de agresión y de la pulsión sexual”.

Freud estuvo de acuerdo con Adler en la cuestión de prestar interés a lo que tiene un origen orgánico, pero precisó que la idea de la angustia que Adler expresaba, era engendrada a partir de la represión, y de lo que este autor llamaba *pulsión de agresión*, así como el atributo que le otorgaba: el papel principal de lo que acontecía a los hombres. Freud no entendía la lógica de Adler, y consideraba ésta última, una generalización equivocada. También mencionó respecto de la misma crítica que no podría conformarse admitiendo la existencia de una pulsión de agresión especial al lado de las pulsiones sexuales y de

autoconservación y con el mismo funcionamiento que ellas.

Después de la elaboración de la metapsicología, Freud volvió a la misma cuestión sosteniendo que aun cuando él mismo había tenido que pensar en la existencia de una pulsión de agresión, la noción no era la misma que la de Adler. La llamaba *pulsión de destrucción* o *pulsión de muerte*; su desaprobación por la concepción de Adler permanecía.

En *Más allá del principio del placer* (1920) Freud ya alegaba formalmente que la intrincación y desintrincación de las pulsiones parece fundamental para entender la agresividad, mencionando la existencia de pulsiones duales desde los orígenes de la sexualidad. Su experiencia clínica le lleva a puntualizar en la obra anteriormente citada, una vinculación entre tendencias agresivas y la energía libidinal y sugiere la existencia del instinto de muerte (Tánatos) el cual inclina al ser humano hacia la destrucción.

El concepto de instinto de muerte que Freud propone no era nuevo. La atestación de la existencia de una dualidad en el seno del hombre se encuentra en muchos psiquiatras y filósofos románticos alemanes, un ejemplo de ello es G. H. von Schubert quien distinguía un deseo de muerte (*Todesehnsucht*) en todos los seres vivos; Novalis asentó en el año de 1898 que “la vida está hecha para la muerte” y que “la enfermedad se caracteriza por el instinto de autodestrucción”. Podemos recordar también, cómo a través de la historia de las ideas se haya la oposición entre principios negativos y positivos.

Un poco más tarde, en 1911, una psicoanalista, paciente de Jung, expuso ante la Sociedad Psicoanalítica de Viena acerca de “La destrucción como causa del devenir”, ella

sería Sabina Spielrein, quien afirmaba que la pulsión sexual tiende a la vez a la unión y a la destrucción. Habló en esa ocasión de “instinto de muerte”, de “pulsión de destrucción” y de “deseo de automutilación”. En aquel entonces sus consideraciones no provocaron entusiasmo en Freud, quien le escribió a Jung: “Tengo mis dudas sobre la manera que tiene Spielrein de intentar someter los materiales psicológicos a unos criterios biológicos”ⁱⁱⁱ. No sospechaba que él mismo había de entregarse a esa misma especulación años más tarde.

Roland Jaccard, en la obra que escribió sobre Melanie Klein, anota: “el concepto de pulsión de muerte constituye el centro de gravedad, el eje de referencia fundamental de la obra kleiniana. Con el concepto de pulsión de muerte le parece a Melanie Klein que detenta una llave susceptible de producir por fin una *teoría integrada* que, aún cuando sea esquemática, pueda no obstante dar cuenta de todas las manifestaciones psíquicas, tanto normales como anormales, desde el nacimiento hasta la muerte”.

Jacques Lacan (1938), en su artículo *La Familia*, le atribuyó a Freud el mérito de haber reconocido “el carácter irreductible del apetito de la muerte”. Más adelante, en 1956 aludió “la instancia de un masoquismo primordial: manifestación en estado puro de ese instinto de muerte del que Freud nos propuso su enigma en el apogeo de su experiencia. Para 1964 el vocabulario habría cambiado pero no la doctrina. Lacan habla de “pulsión de muerte” más que de “instinto”; y afirma, siguiendo en esto a Freud, que “toda pulsión es virtualmente pulsión de muerte”.

Respecto del masoquismo anteriormente mencionado, y haciendo referencia a la economía de las pulsiones para la conservación del individuo, Freud niega la influencia de

las figuras parentales manteniéndose en el terreno estrictamente de lo biológico en *El problema económico del masoquismo* publicado en 1981. En dicho documento, admite la existencia de un instinto que une e impulsa la nueva formación y el progreso: Eros; y otro que busca volver al estado inicial inanimado: Tánatos o instinto de muerte. Éste último, puede actuar silenciosamente al interior del individuo persiguiendo su destrucción o bien, orientarse hacia el exterior a modo de impulso de agresión y destrucción.

Otro factor planteado en este texto es el superyó y la conciencia moral, en la cual el resultado del conflicto de ambivalencia, es decir, la lucha entre la pulsión de vida y la de muerte, será la culpa. Ella proviene de la ambivalencia afectiva frente al padre a quien se ama y se odia. En casos de neurosis, la culpa es inconsciente y se expresa en la necesidad permanente de castigo y le puede dirigir contra sí mismo o al exterior en forma de agresión.

En *Introducción al narcisismo* (1916), Freud hace una comparación entre lo que ocurre con el narcisismo y el amor objetal y su contraparte, es decir, la destrucción del objeto, considerando la propia destrucción como la primera forma de agresividad al compararle con el narcisismo primario, en el cual el niño catectiza toda su libido sobre sí mismo, para posteriormente volcar sus investiduras sobre objetos que no serán otra cosa más que representaciones de su propio yo.

El “narcisismo primario” de Freud se puede vincular con el “estadio del espejo” de Lacan, ya que para éste es en el momento en que el niño ve en el espejo su cuerpo como un todo cuando surge la instancia yoica.

Un poco más tarde, en 1923, Freud recalca en *El malestar en la cultura* que el ser humano tiene tendencias innatas que lo conducen a agredir a los demás y a su propio yo, pero que son fortalecidas por la misma, aportación que se sumaría a lo que ya venía señalando el autor cuando abordó el problema económico del masoquismo.

Respecto del término, el Diccionario de Laplanche y Pontalis (1981), define a la agresividad como: “la tendencia o conjunto de tendencias que se actualizan en conductas reales o fantasmáticas dirigidas a dañar al otro, a destruirlo, a contrariarlo, a humillarlo, etc. La agresión puede adoptar modalidades distintas de la acción motriz violenta y destructiva...”.

Lacan (1971) por otro lado, hace una interesante diferenciación en *La agresividad en psicoanálisis*, donde sugiere que la agresividad no sería lo mismo que la agresión. Mientras que la primera se remite a presentarse como una *presión intencional*, la segunda se refiere a actos violentos. Anotado lo anterior, se asume que alguien puede tomar una postura agresiva y no manifestarse en conductas de agresión; aunque no por esta condición de ser una intención habrá que menospreciarla, ya que también surte efecto. En el mismo texto, el autor nos pone a pensar en la agresividad como “...la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista y que determina la estructura formal del yo del hombre y del registro de entidades característicos de su mundo”. Siguiendo la lógica del amor narcisista y el estadio del espejo, si algo (el otro) le completa (en el espejo), provocará enamoramiento, si ocurriese lo contrario, ello producirá agresividad.

Para Winnicott (1950) el ambiente es fundamental para la estructuración del psiquismo del niño. En su artículo acerca de la agresión en relación con el desarrollo emocional señala: *“El bebé ya da patadas cuando está en el vientre; no hay que suponer que intenta abrirse paso a patadas. El bebé de pocas semanas descarga golpes con sus brazos; no hay que suponer que esté intentando destruir o hace daño. En su origen la agresividad es casi sinónima de actividad, es una cuestión parcial”*. El autor muy acertadamente expone que absolutamente ningún acto agresivo deberá ser analizado como un fenómeno aislado, se deben analizar desde el medio circundante, hasta fijaciones y subjetividades.

En 2005, Kernberg publicó un artículo titulado *El odio como afecto nuclear de la agresión* en el que evidencia que, en pacientes, el enojo y la cólera, la aversión y la repugnancia, el desprecio y el resentimiento son afectos que se conjuntan en una pulsión general jerárquicamente supraordinada, y que en algún momento sirve para expresarse agresivamente.

El estudio de la agresividad en la teoría psicoanalítica y la desembocadura de ésta en objetos externos elegidos por el sujeto, no puede ser reducida a un sólo marco de referencia explicativo desde el punto de vista epistémico, pero más aún, no debe ser reducido a una interpretación del tipo causa-efecto, sino que se han de considerar los agentes que posicionan al paciente como un ente agresivo o que, estos mismos agentes, a cambio de su propia comodidad subjetiva y el manejo de su falta, imposibilitan la descarga pulsional y consecuentemente la posibilidad de sublimación.

1.2. Objetivos

La investigación que aquí se presenta tiene ejes de interés que orientan el objeto de estudio.

1.2.1. Objetivo general

Que consiste en:

Analizar la constitución de la identidad con base en las relaciones agresivas materno-filiales.

En congruencia con el objetivo general las líneas que se desprenden son:

1.2.2. Objetivos específicos

1.2.2.1 Examinar la construcción de la identidad en un paciente adolescente con rasgos obsesivos.

1.2.2.2. Analizar el comportamiento agresivo como estrategia para construir la identidad.

1.2.2.3. Ponderar la configuración subjetiva como parte del proceso terapéutico.

1.3. Supuestos

En esta investigación se fundamentan a partir de una cita de Ramos en la que retoma a Weiss (1983,1979,1977) quien afirma que los presupuestos son: “Una forma de emprender la investigación en el campo de las disciplinas sociales y humanas. Son anticipaciones de sentido ante la empresa de análisis, condición que permitirá la interpretación del material recabado. Los presupuestos me permitirán contar historias, las personales e institucionales, historias que develan a los sujetos, sus significados” (Weiss, 1983,1979,1977, citado en Ramos, 2010:33).

Desde esta perspectiva se considera que:

1.3.2. La madre seductora y la suplencia paterna son elementos fundamentales en la constitución de la neurosis obsesiva.

1.3.3. La agresividad es una estrategia subjetiva en la construcción de la identidad.

1.4. Limitaciones y delimitaciones

El caso utilizado para el presente documento ocurrió como un ingreso a la extensión de equidad y género perteneciente a la Unidad de Servicios Psicológicos (USP) de la Facultad de Psicología de la UANL. El motivo de consulta al registrarse en el departamento de pre-consulta fue asociado a una madre que acudía con su hijo por mostrar éstas conductas violentas en su entorno familiar y social.

Un primer terapeuta con orientación psicoanalítica atendió al paciente durante un breve número de sesiones, en las que observó y anotó: “poca disponibilidad por parte del paciente” y le describió como “indispuesto para el trabajo terapéutico”^{iv}; esto llevó a proponer un cambio de terapeuta. Una vez realizados los trámites correspondientes, el caso fue reasignado y se continuó el trabajo bajo mi escucha.

Siendo el paciente menor de edad, acudió a la USP en compañía de su madre. La disposición de horarios, compromisos y situación económica de ésta fueron factores determinantes para la asistencia del adolescente a sus sesiones.

Después de revisar el expediente clínico del paciente, se pensó en la posibilidad de una intervención clínica que produjera efectos en el sujeto; cuidando las particularidades del

caso y el riesgo de ser atrapados por una primer impresión diagnóstica y los malos entendidos que se generan en la redacción de comentarios proyectados en un papel, requisito de la institución.

El primer paso fue atender a la demanda que se presentaba en esta segunda intervención y dirigir la escucha bajo el pensamiento psicoanalítico. Fue necesario poner en funcionamiento un dispositivo que diera cabida a la escucha y no sólo a la que hacía la madre, si no a la propia del paciente: un dispositivo de escucha.

El psicoanálisis ha aportado luz acerca de cómo abordar y escuchar los malestares de la juventud, en un contexto posmoderno, donde la psicología, las instituciones educativas y clínicas y los propios entornos familiares parecieran no ser suficientes para, cuando menos, contener la palabra no escuchada de los jóvenes.

El registro clínico que aquí se presenta dará oportunidad de revelar el efecto que, en el caso de un adolescente, tuvo el tratamiento analítico y dará cuenta de los movimientos subjetivos que se dejaron observar a lo largo de éste.

1.5. Justificación

Resulta harto interesante observar los motivos de consulta que los padres o tutores manifiestan en el momento en que solicitan atención terapéutica para un adolescente. Cuando se trata de un niño pequeño, es común que los mayores aún sientan cierta responsabilidad para con él, e incluso encuentren las sesiones terapéuticas como un espacio para la orientación en la crianza; pero con los jóvenes se torna diferente, ya que se les asume con conductas aprendidas y responsabilidades ante el mundo.

Es sabido que en más de una ocasión lo que lleva al pedido de ayuda profesional son situaciones que afectan el contexto educativo -ya sea que haya sido referido por el centro escolar- o el familiar -por conductas inaceptables en el hogar-. Una vez que se da el primer encuentro con los padres, el profesional escucha la dificultad que tiene el adolescente, aunque generalmente su síntoma tiene que ver con factores externos aunque próximos a éste. Osorio (2012) sugiere que inclusive en ocasiones “...llega a ser nocivo, dado que se le hace creer al niño que él es el problema”.

Aunada a la avalancha de cambios físicos y conflictos que trae consigo la adolescencia, la posmodernidad les exige autonomía, preparándoles para su inminente inclusión en la sociedad de consumo, la comunidad les exige ser buenos ciudadanos -aun cuando la educación en el país está diseñada para ser todo lo contrario-, y sus padres les piden que se comporten como adultos responsables. A pesar de que la familia y la escuela se han “preocupado” por la formación del ser integral, es evidente la problemática que presentan los jóvenes en cuanto a su convivencia con sus padres, profesores y grupos de pares.

La agresividad en esta etapa evolutiva es un problema que está afectando de forma continua la convivencia normal de las familias y las escuelas; y los actores principales, es decir, los padres que debieran asumir responsabilidades ante ellos, han adoptado, cada vez más, una postura negligente que se traduce en conductas agresivas representando un peligro para el mismo adolescente y quienes lo rodean.

Siendo el desarrollo social de los jóvenes estructurado dentro de su ambiente familiar y escolar, se hace prioritario identificar factores desencadenantes de personalidades agresivas, instintos de muerte y relaciones objetales erradas, partiendo de un análisis de caso y exponiendo sus singularidades, esperando que esto permita más adelante contar con la posibilidad de implementar estrategias terapéuticas efectivas y proporcionar caminos hacia la cura, los cuales representen una transformación de su realidad subjetiva y que aseguren una convivencia pacífica en sus actuales y futuras relaciones.

NOTAS

ⁱ Zubicaray, F. (2014) Un cabeza volada. El diario del siglo XXI. Madrid: Verbum. P. 43: En otoño de 1902 nació modesta e informalmente la Psychologische Mittwoch-Gessellschaft (literalmente: Sociedad Psicológica de los Miércoles). Los médicos vieneses Max Kahane, Rudolf Reitler, Alfred Adler y Wilhelm Stekel se empezaron a reunir, a iniciativa de este último, en la casa de Freud cada miércoles por la noche. Este pequeño grupo formó el núcleo de lo que se convertiría, en 1908, en la Asociación Psicoanalítica Vienesa (Wiener Psychoanalytische Vereinigung).

ⁱⁱ

ⁱⁱⁱ Carta de Freud a Jung con fecha del 30 de noviembre de 1911 en: Freud, S. (1974) Correspondencia S. Freud y C. G. Jung. Madrid: Taurus.

^{iv} Archivo de la USP. El número de expediente no se revelará con la intención de conservar el anonimato del paciente.

Capítulo II

“La filosofía ...escrita en este grandísimo libro que está continuamente abierto ante nuestros ojos (digo el universo) ...no se puede entender si antes no se aprende a entender la lengua y a conocer los caracteres en los que está escrito: triángulos, círculos y otras figuras geométricas”.

Galileo Galilei.

2.1. Hacia una delineación del caso

Hablar de cualquier tema en materia de psicoanálisis requiere de la concepción de una línea de lectura que no puede sino más que remitir a la propia epistemología psicoanalítica. Digerir el caso que será expuesto en un siguiente capítulo será menos complicado una vez que se piense el mismo dentro de la teoría que en seguida se propone.

Haciendo uso de algunas teorizaciones, escrutaremos el concepto de identidad; rozaremos la naturaleza de la relación madre-hijo en la formación de identidad del sujeto observada desde la clínica con un adolescente; daremos un paseo por la manera en la que se construyen las identificaciones; y, por último, abordaremos la agresividad en la constitución del sujeto.

No es para nada novedoso el reconocimiento de la importancia de la figura materna en la configuración del psiquismo en los niños, es por esto que el análisis de caso que aquí tendrá lugar retomará nociones propias de esta relación para dilucidar no sólo los elementos puestos en juego en la conformación de la neurosis obsesiva, sino también la manera en la que una identidad se va constituyendo a partir de las propias defensas del sujeto, defensas las más de las veces observadas por el contexto como agresiones o conductas disruptivas.

2.2. La circunscripción del término

Daniel Lagache señala de manera precisa que los términos psicoanalíticos han de poseer diversos sentidos, haciendo necesarios los comentarios, las referencias y las citas que justifiquen el por qué de la argumentación o el uso que se hace de éstos; no obstante, “el psicoanálisis precisa disponer de términos propios” (Laplanche, 1996: IX).

Previo a adentrarnos en concepciones psicoanalíticas habrá necesidad de mencionar que, etimológicamente, el vocablo identidad proviene del latín “identitas”, ídem, lo mismo, calidad de idéntico; “es el conjunto de los rasgos propios de un individuo o de una comunidad. Estos rasgos caracterizan al sujeto o a la colectividad frente a los demás”.

Queda destacada la alusión a la igualdad y mismidad, deslizándose hacia características que señalan lo propio y único. En este sentido, encontramos el uso de la idea de identidad en distintos contextos. El documento de identidad de un individuo aparece como rasgo identificador incluyendo las marcas del nombre y apellido. En lo jurídico se intenta determinar la identidad de la persona, o sea, si existe o no igualdad entre el sujeto real y el sujeto jurídico. En medicina legal se trata de identificar a una persona diferenciándola de otras por rasgos físicos y corporales. Desde diversas disciplinas encontramos referencias a identidad personal, identidad nacional, identidad de género, identidad sexual, etc.

Nos topamos con un término multívoco; aunque en función de delimitar lo que ha de ser útil para abordar el caso clínico que nos ocupa, retomaré la noción de identidad que ofrecen Laplanche y Pontalis, asimismo su diferenciación de las compulsiones defensivas.

Los autores del Diccionario de Psicoanálisis retoman lo que previamente publicaría Freud en el “Proyecto de una psicología para neurólogos” (1895) a propósito de la experiencia de satisfacción, vinculando la identidad con la percepción.

Laplace y Pontalis conjuntan la identidad de percepción y la identidad de pensamiento para describir la identificación, haciendo alusión a los procesos primario y secundario como dos modos de operar el aparato psíquico con relación a la satisfacción, tal como lo referiría Freud (1984) en La interpretación de los sueños: “El proceso primario tiende a encontrar una percepción idéntica a la imagen del objeto resultante de la experiencia de satisfacción; en el proceso secundario, la identidad buscada es la de los pensamientos entre sí”.

Si por la vía de la identidad de percepción no sobreviene la satisfacción, Freud mencionará que habrá que hacer rodeos a través de la compleja actividad del pensamiento. El pensar, la razón, sortea entonces el camino alucinatorio; este movimiento de evasión será el deseo.

Se puede advertir que el término de identidad alude a la idea de igualdad y a su vez a la de diferencia. En la pretensión de hallar la igualdad ilusoria de la identidad de percepción, nos topamos una y otra vez con la diferencia. Entonces, porque no hay identidad es que hay deseo.

El término identidad se encuentra también en Tótem y tabú (1980) remitiendo a la identidad del hombre con su tótem, con la divinidad, en el marco del pensamiento mágico,

de las ficciones fusionales. Empero, Freud no teoriza propiamente sobre la identidad pero sí sobre la identificación.

Con la intención de enmarcar el concepto de identidad conforme al sujeto de estudio del presente trabajo, hemos de mencionar a la par el fenómeno de la adolescencia; y aun cuando existen numerosas investigaciones sociales acerca de la aparición de este periodo del desarrollo biológico-social, no nos limitaremos a pensar en éste como un momento fijo en la vida de cualquier individuo, sinónimo de madurez. Sugiere Aberastury (1989) la incongruencia de reducir al punto de vista evolutivo el hecho de pensar que sólo los adultos tendrían personalidad, lo que implicaría considerar que sólo ellos tendrían sexualidad, cuando que, dentro de la disciplina del psicoanálisis, entendemos que la sexualidad ha existido desde siempre en el sujeto.

En su texto *La adolescencia normal* (1989) Aberastury señala cómo la identidad lograda al final de la adolescencia, si bien tiene su relación con las identificaciones del pasado, incluye todas las del presente y también los ideales hacia los cuales tiende. Para ella, el destino de las identificaciones de la infancia dependerá no sólo de la elaboración interna que realiza el niño, sino también de las pautas de conducta de la familia y de la sociedad. Propone también que la formación de la identidad comienza con la vida misma, pero el logro de la identidad sexual exige la libre experimentación y atraviesa fluctuaciones. “El logro de la identidad y la independencia lo conduce a integrarse en el mundo adulto y a actuar con una ideología coherente con sus actos” (*Op.cit.*).

2.3. De la identidad a la identificación

Para Freud y para J. Lacan, la identificación es entendida como un mecanismo constitutivo del yo y del sujeto. Respecto de esto Lacan (1960) diferencia las identificaciones imaginarias formadoras del yo y las identificaciones simbólicas, al significante, productoras de sujeto. Las consideraciones lacanianas acerca del sujeto inconsciente nos conducen a establecer una diferencia remarcable entre yo y sujeto, mismo que estará dentro del campo del Otro, a la batería de significantes que marca al ser humano, es decir, es un efecto del discurso, de las fisuras del yo.

Alcanzamos a comprender que el yo del que hablamos está alojado en un refugio narcisista; ignorante de la falta. Existe una predominancia del registro imaginario y se observan expresiones tales como “yo soy”, “yo soy esto o lo otro”, “yo soy así” ubicándose del lado de una certeza imaginaria a distancia de toda aproximación a la verdad. “Porque el sujeto cuanto más se afirma como yo más se aliena” (Lacan, 1953:86).

Se sabe que la identificación tiene relación con un significante que representa al sujeto, un significante que está en el Otro y con el cual el sujeto se identifica. Para Lacan esto sería la división subjetiva. Entonces, la alienación se produce en la coyuntura entre la identificación y la represión.

En términos freudianos la alieneación se podría decir que es análoga a la identificación y la represión. La separación, por su cuenta, se correlaciona con lo que freudianamente se entiende como la función pulsional y responde al vacío resultante del mecanismo de alienación. Respecto de este último estado y la posición inconsciente, Lacan

menciona: “Esta función aquí se modifica por una parte tomada de la carencia a la carencia, por la cual el sujeto viene a encontrar en el deseo del Otro su equivalencia a lo que él es como sujeto del inconsciente” (Lacan, 1987:801). Es pues por la vía de la articulación de las faltas, de la carencia a la carencia, que el sujeto se realiza, deja de ser una nada. Si seguimos la línea de este discurso, articularse a algo que le falta al Otro se convierte entonces en la única vía posible para poder operar el haber advenido no siendo.

Lacan dirá que no se trata de volver a nacer, sino de la puesta en funcionamiento de la parte, perdida de sí, de la identidad, de la falta. Lo que se afianza en un estado, un estado que califica el autor de civil, el cual indica relaciones con Otro u otro en el marco legal y cultural.

Se esclareció ya el término de identidad y pensando en ello, no podemos hablar de identidad *per se*, ya que involucraría igualdad, mismidad, pero sí podemos hablar de identificación. En “Psicología de las masas y análisis del yo” Freud (1921) la define como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva. Recordemos que la descripción que en este texto se hace es en torno al varón, y se menciona que contemporáneamente a la identificación con el padre, o antes inclusive, éste emprende una investidura de objeto de la madre; habrá que tener presente lo anterior, ya que es altamente relevante en el caso que aquí se expone y será abordado detalladamente en el siguiente capítulo.

Tomando en cuenta lo expuesto, Freud mencionará dos lazos distinguidos uno del otro; por un lado, una investidura sexual de objeto con la madre; y, por otro, una identificación que toma al padre como modelo. En el texto ya mencionado se expresa el

carácter ambiguo que el autor le otorga a la identificación: “Desde el comienzo, la identificación es ambivalente, puede darse vuelta hacia la expresión de ternura o hacia el deseo de aniquilación” (1921: 99). El mismo Lacan (2004) reconoce de la misma manera el amor y el odio como dos caras de lo mismo, y ya le otorgará un nombre en *El seminario 20: odionamoramiento*.

La personalidad, entonces, se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones. Es “un proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste (Laplanche y Pontalis, 1983:183).

Freud convierte el concepto de identificación en estrictamente psicoanalítico y, conducido desde la clínica, termina plasmando su concepción más acabada al respecto en *Psicología de las masas y análisis del yo*, concretamente en el capítulo VII: La identificación.

En él, tanto la identificación con el padre, como el lazo con la madre como objeto de amor, coexisten un tiempo, sin influirse ni perturbarse entre sí. Pero la tendencia de la vida psíquica a la unificación, hace que se aproximen hasta llegar a encontrarse, y de esa confluencia nace el complejo de Edipo normal.

Antes de adentrarnos en este complejo que le hace honor al adjetivo que lo nomina, hagamos lugar a las tres formas de identificación que propone Freud en el artículo: 1) como forma arcaica del lazo afectivo con el objeto, o sea, una relación pre-edípica ambivalente; 2) como sustitución regresiva de una relación objetal abandonada; y 3) cuando no existe catexis

sexual del otro, el individuo se puede identificar con éste si tienen un elemento en común.

Para el médico la identificación sería más que una mera imitación, dado que lo que genera este fenómeno es un elemento inconsciente común entre las personas. Incluidos en el artículo que seguimos, se explicitan los efectos del complejo de Edipo en términos de identificación, en el momento en que se renuncia a los padres y se sustituyen por identificaciones. Éstas serán completas porque ambos progenitores son objetos de amor y de rivalidad simultáneamente, aunque es probable que esta ambivalencia sea esencial para la constitución de toda identificación.

Como parte de la fase identificatoria, el pequeño advierte que el padre es un obstáculo en el camino que le lleva junto a la madre; el deseo de ocupar su lugar junto a ella, lo lleva a identificarse con él, pero por ello mismo su identificación con él cobra entonces una tonalidad hostil, terminando por fundirse con el deseo de sustituir al padre también junto a la madre. Así, desde el comienzo mismo, la identificación es ambivalente, como ya se mencionó y puede concretarse tanto hacia la expresión de la ternura o hacia el deseo de eliminación.

Por otro lado, Lacan reconoce dos tipos de identificación: una con la imago del semejante; la otra con el imago del padre.

Con el afán de contextualizar lo subsiguiente, dejaremos claro el concepto de imago. Partiendo del vocablo, es un latinismo que significa “imagen”, término utilizado en la antigua Roma para designar aquella máscara de cera en forma de retrato con la que los muertos se exponían en el Forum Romanum. Más adelante, Carl Gustav Jung lo acuñaría para describir

la manera en que las personas forman su personalidad mediante su identificación con lo inconsciente colectivo.

Laplanche y Pontalis concretan la definición de imago de manera precisa en su diccionario: “Prototipo inconsciente de personajes que orienta electivamente la forma en que el sujeto aprehende a los demás; se elabora a partir de las primeras relaciones intersubjetivas reales y fantaseadas con el ambiente familiar”. Sobre ésta también señalan que: “...puede objetivarse tanto en sentimientos y conductas como en imágenes” (Laplanche y Pontalis, 2004: 191); y que no se debe entender como un reflejo de lo real, ya que la imago de un padre terrible bien puede corresponder a un padre real débil.

Una vez aclarado el concepto de imago, podemos continuar observando que Lacan delimita dos identificaciones normalizadoras cuya falla puede determinar anomalías en el desarrollo: la identificación imaginaria con el falo y la identificación simbólica con las insignias del padre. Ambas suponen la existencia del significante del nombre del padre y la operación de la metáfora paterna. La primera, formadora del yo en el estadio del espejo, identificación narcisista; la segunda, identificación secundaria que surge con relación a la constitución del Edipo. Las dos se definen con relación a la imago, –de la que ya hemos dado cuenta–: del semejante, por un lado; del padre, en el otro; es decir, se trata de identificaciones imaginarias.

Para Lacan las identificaciones son alienantes, obturadoras del deseo, a veces inevitables, a veces requisito de lo simbólico, pero siempre es un proceso por el cual es preciso transitar para el costo de la enajenación.

2.4. A propósito de la agresividad

2.4.1. Pulsión de vida y pulsión de muerte

¿De dónde surge la agresividad? En 1920 Freud reformula su teoría pulsional proponiendo un nuevo dualismo: pulsiones de vida y pulsiones de muerte. Esto pone de manifiesto que existiría un conflicto de tipo pulsional inherente al individuo en donde se opondrían dos tendencias o urgencias.

En este sentido la relación que establece el individuo con sus objetos se encuentra mediatizada por una mezcla pulsional comportando componentes de vida y muerte. Por tanto, la agresividad supone un modo de expresión de la pulsión de muerte, pero al mismo tiempo comporta un componente sexual en la medida que supone vencer la resistencia propuesta por el objeto sexual a doblegar.

En el desarrollo libidinal del individuo, Freud reorganiza los conceptos de impulso de vida y como exigencia clínica (Caso Schreber y El hombre de los lobos) concluye el impulso de muerte (1920). En 1933 en “Nuevas lecciones introductorias” reaparece el concepto de narcisismo y desarrolla una serie de planteamientos en los cuales queda enmarcado el ideal del yo, supeditado a las funciones super-yoicas, pero donde nuevamente queda fuera el concepto de la pulsión de muerte que planteara en el comienzo del desarrollo de la teoría analítica y que muy pocas veces es retomado posteriormente.

2.4.2. Construcción del concepto de yo y el estadio del espejo

Lacan pone el acento etiológico de la agresividad en los imagos propios del cuerpo fragmentado y les explica a través del problema del narcisismo y el estadio del espejo. En

este contexto los imagos del cuerpo fragmentado (imágenes de castración, destripamiento, dislocación corporal) representan las tendencias agresivas del individuo; comportan la función imaginaria que permite la formación de una identificación con el propio cuerpo en tanto gestalt. Por tanto, el autor en su escrito sobre la agresividad (1948) enuncia cómo la emergencia de la agresividad testimonia un trasfondo de fragmentación corporal que viene a denunciar la mascarada imaginaria del propio narcisismo.

En el estadio del espejo (Lacan, 1949) ocurre una transformación del sujeto por medio de la identificación con su propia imagen. Esta situación es gratamente aceptada por cuanto se opone a la impotencia motriz del niño, acompañada del bullicio del exterior del que es presa a nivel sensorial, que da cuenta de un cuerpo fragmentado. Tal movimiento supone un adelantamiento de la matriz simbólica que determinará la condición de sujeto del inconsciente del individuo, es decir, del sujeto en cuanto tal (yo [je]), por medio de una operación puramente imaginaria al modo de un yo-ideal (yo [moi]). "La función del estadio del espejo se nos revela como un caso particular de la función de la imago, que es establecer una relación del organismo con su realidad" (Lacan, 1949: 89).

2.5. Estructuración del cuadro clínico

Una primera apreciación en la lógica obsesiva propuesta por Dör (1991) será el hecho de que el sujeto se sintió demasiado amado por su madre, entendiendo esto desde la fantasía infantil citada a inicios de este capítulo. Éste será un sujeto que hubiera sido investido como objeto privilegiado del deseo materno, fálicamente.

Pronto nos encontraremos en nuestro caso clínico la nostalgia de ese modo particular en la relación del sujeto con su madre o, como bien lo señala Dör, la relación que la madre tuvo con éste, adjudicándole una posición “privilegiada”. Dentro de esta burbuja del privilegio, el entonces bebé se constituirá como ese objeto en quien la madre hallará aquello que no encuentra con el padre, lo que conduce a la apuesta fálica en la dialéctica edípica: el pasaje del ser al tener.

Ocurre entonces que la ley del padre se pone en marcha, acotando el deseo de la madre y haciéndola dependiente a él. Esto logra que el niño viva particularmente a nivel psíquico su posición en la relación con su madre; una madre que desea independientemente de la persona del padre. Será ella la que deseará “supuestamente aquello que no tiene y que el padre posee” (Dör, 1991:130). He aquí la investidura simbólica del padre, que deviene en la atribución fálica.

Serge Leclaire^v en su libro *Desenmascarar lo real*, dedica unos capítulos a la puesta obsesiva; respecto de su deseo resaltaré que éste: “Pasaré una noche con la mujer que amo sin lograr abrazarla nunca; su mano, más pesada que una roca, no logrará ceñir su talle, sus labios habladores no llegarán hasta los de ella; si por ventura, la tomara de algún modo, el encuentro se desvanece y su deseo se apaga de inmediato” (Leclaire, 1971:110). Sobre la identificación dirá que es la “...introyección e incorporación, introyección parcial, objeto introyectado aliado al yo o al superyó según los casos” (Leclaire, 1971: 93).

El autor francés hace toda una explicación de la lógica obsesiva respecto de la muerte y, del análisis del caso que presenta, desarrolla que la estructura obsesiva se puede entender

como rechazo reiterado de la posibilidad de la propia muerte del sujeto. Apoyándose de Freud para asentar este pensamiento le cita “Para resolver sus conflictos, los obsesivos necesitan antes que nada, la posibilidad de la muerte” (Freud,1909:184), y complementa: “Nuestro inconsciente no cree en la posibilidad de su muerte, ya que el inconsciente, ignora la negación” (*Op. Cit.*: 184).

En el texto se admiten dos pulsiones fundamentales: Eros y la pulsión de destrucción. La meta de la primera sería establecer unidades cada vez mayores para conservarlas; la de la segunda sería su contrario, rompiendo todas las relaciones y destruyendo todas las cosas. Cabría pensar en que, a veces, romper una relación deviene en una consecuencia positiva para la persona (imaginemos al joven que deshace la relación de amistad o camaradería con un compañero con tendencias delictivas), y destruir aquellas cosas dañinas para el ser humano no sería del todo descabellado. Pues bien, a esa pulsión cuya meta final es llevar a lo que vive al estado inorgánico, se le denomina: pulsión de muerte. De la relevancia de ésta ya hablamos previamente.

En el texto al que se hace referencia, se dilucida minuciosamente el complejo de Edipo, del cual menciona que “...da cuenta de la evolución que, progresivamente, reemplaza a la madre como personaje central primordial mediante el padre como referencia última y principal” (Leclaire, 1971:117).

Se remarcan en el texto tres momentos de esta evolución, de la siguiente manera:

1) La madre se sitúa como personaje principal y ser de deseo; el sujeto se identifica con el objeto de deseo de la madre.

2) El sujeto siente que la madre no se satisface con él y se desliga de la primera

identificación, misma que se le aparece como insatisfactoria. Esa insatisfacción y la subsistencia del deseo de la madre lo refieren a otra cosa. El enigma central anota Leclaire, se centrará en eso (un símbolo) que le plantea al niño el deseo de la madre. Así se presenta el tercer Otro en el plano de la experiencia. El alcance del segundo momento del complejo de Edipo consistirá en cómo el niño logra el acceso a la ley del padre como lugar del falo simbólico a través de la mediación del deseo de la madre. El padre podrá aparecer como negativa o como referencia.

3) El padre aparece como padre real, es decir, es el que tiene un falo y no el que lo es. En este momento el padre se revela como lugar simbólico y como poseedor real de un pene.

El nudo de la situación propone Leclaire, se articulará así: 1) mamá espera algo; 2) algo que papá puede darle; 3) que él no le da. Así ilumina lo que sería la expectativa insatisfecha de la madre, expectativa dirigida hacia el hijo, develando así el deseo insatisfecho de la primera. La evolución se completaría con la nueva identificación y la formación del ideal del yo. “Tanto para el varón como para la niña, éste es el momento en el que renuncian a todo vestigio de la identificación primera con el “falo que le gusta a mamá” para convertirse, “como un grande”, en el que lo tiene, o en la que no lo tiene y lo esperará de un hombre” (Leclaire, 1971:118).

Se ha comprobado cómo en el discurso de la madre, el niño puede instalarse en un dispositivo de suplencia para la satisfacción del deseo materno y al parecer éste será algo imprescindible en la determinación de la estructura obsesiva. No se habla de satisfacer propiamente dicho el objeto de deseo de la madre, si no de ‘suplir la satisfacción del deseo de la madre’, o lo que el niño interprete como el deseo de la madre desde sus propias

vivencias psíquicas.

El niño queda entonces en una especie de sándwich entre la confrontación con la ley del padre y el mensaje de insatisfacción de la madre. Por un lado, la madre se muestra dependiente del padre en cuanto a su deseo y, por otro, no recibe completamente lo que ella esperaría de él y es aquí cuando entra el niño como suplente. De ahí que el obsesivo regrese recurrentemente a la identificación con su padre aunque esto suponga la afrenta con la Ley y las implicaciones que ello supone.

En esto recaen los rasgos estructurales característicos de la economía obsesiva del deseo. Denotará una nostalgia sintomática en la que por más que ese retorno al ser sea codiciado frente a la satisfacción desfalleciente del discurso materno, jamás se consumirá plenamente.

2.5.1. Tener hijos no significa ser madre.

Todo hijo viene a ocupar un lugar para la madre, se podría decir que es la resurrección del trámite de sus deseos y privaciones. Freud señala: “El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmoralidad del yo que la fuerza de la realidad asedia duramente, ha ganado su seguridad refugiándose en el niño. El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su transmutación al amor de objeto revela inequívocamente su prístina naturaleza” (Freud, 1914:88).

Casi medio siglo después, Lacan en *Dos notas sobre el niño* (1963) conceptualiza la cuestión acerca del niño como un síntoma que habla de una verdad de lo que hay como

sintomático en la estructura familiar. El autor observa: “La articulación se reduce mucho cuando el síntoma que llega a dominar compete a la subjetividad de la madre” (Lacan, 1993:55). Así, el niño es colocado directamente como correlativo de un fantasma “...el niño queda expuesto a todas las capturas fantasmáticas. Se convierte en el objeto de la madre y su única función es entonces revelar la verdad de este objeto” (Lacan, 1993:56).

El pequeño vendrá entonces de objeto que habla del deseo de la madre, de su verdad en cuanto a su estructura neurótica, perversa o psicótica. El hijo ocupa un lugar en la estructura simbólica; la estructura es una imagen puesta a trabajar en una estructura significante. El falo como significante sin significado del deseo, que en el plano imaginario refiere a lo que la madre podría desear incluso más allá del hijo, objeto al que el niño se identifica.

2.5.2. Necesidad y demanda.

La demanda es abordada por Lacan en 1958 durante la conferencia *La significación del falo*, en la que se refiere a ésta como otra cosa diferente a las satisfacciones que reclama; es demanda de una presencia o de una ausencia. La representa como la cosa que manifiesta la relación primordial con la madre, por estar preñada de ese Otro que ha de situarse más acá de las necesidades que puede colmar. Ese Otro se constituirá ya como provisto del "privilegio" de satisfacer las necesidades, es decir, del poder de privarlas de lo único con que se satisfacen. Ese privilegio del Otro dibuja así la forma radical del don de lo que no tiene, o sea, su amor.

Es así como la demanda anula la particularidad de todo lo que puede ser concedido trasmutándolo en prueba de amor, y se señala en la conferencia que “las satisfacciones incluso que obtiene para la necesidad se rebajan a no ser ya sino el aplastamiento de la demanda de amor” (Lacan, 1958).

Hay pues una necesidad de que la particularidad así revocada reaparezca más allá de la demanda. Regresa efectivamente allá, pero conservará la estructura que esconde lo incondicionado de la demanda de amor. A lo incondicionado de la demanda, el deseo sustituye la condición "absoluta": esa condición desnuda lo que la prueba de amor tiene de rebelde a la satisfacción de una necesidad. “...Así, el deseo no es ni el apetito de la satisfacción, ni la demanda de amor, sino la diferencia que resulta de la sustracción del primero a la segunda, el fenómeno mismo de su escisión” (Lacan, 1958).

2.5.3. Alienación y separación.

En el *Seminario 11* que ofrece en 1964, Lacan hace una reconstrucción de los mecanismos de separación y de alienación que allí desarrolla. Va buscando con su teoría de los conjuntos una especie de articulación, de relación entre lo simbólico y el goce, mismo que venía planteando como algo totalmente separado del significante (en cuanto simbólico). Lacan trata de demostrar en el curso ya referido que el goce no es un agregado, sino que está estrechamente integrado, inserto en el funcionamiento mismo del significante, campo al que es totalmente acorde.

Los mecanismos de alienación y separación son dos operaciones que Lacan distingue. La separación responde a la alienación, operación puramente simbólica. El esfuerzo de Lacan

está en demostrar que esta operación de alienación tiene como efecto necesario un efecto de goce, al que llamaré separación. Aquí es donde integra significante y goce.

Alienación correspondería a una construcción imaginaria, tal como lo dice el mismo Lacan en el seminario sobre las psicosis: "La alienación es constituyente en el orden imaginario. La alienación es lo imaginario en tanto tal". (Lacan, 1955:211) Más tarde complementa sus contribuciones refiriéndose a ésta en *El Seminario 11* (1964) como una operación lógica, simbólica, articulada a la operación de separación, en conjunto nombradas por Lacan como las "operaciones de la realización del sujeto en su dependencia significativa respecto del lugar del Otro" (Lacan, 1964:214).

Se debe distinguir entonces el nivel imaginario en el que Lacan considera que la significación de la alienación, constitutiva del yo, aparece en la relación de exclusión que estructura, en el sujeto, la relación dual de yo a yo. Lo cual supone que la exclusión "tú o yo" es consecuencia de la alienación: "tú es yo". Se puede pensar que sería correcto afirmar que hay relaciones de homología entre la lógica del estadio del espejo y la lógica de la alienación.

Ambos mecanismos como ya se mencionó anteriormente, los explica el autor a partir de su teoría de los conjuntos, y a la separación la designa como una operación que está basada ya no en la lógica de la reunión, propia de la alienación, sino en la de la intersección o producto, que supone que la intersección de dos conjuntos es el conjunto de elementos comunes que pertenecen a esos dos conjuntos. La separación, según Lacan "surge de la superposición de dos faltas" (Lacan, 1964:222). Es el resultado de la intersección de la falta

del conjunto del sujeto con la falta del conjunto del Otro. En conclusión, Lacan está indicando que esos dos campos, el sujeto y el Otro, no pueden articularse sino por su falta.

Algunos autores postulan que en términos freudianos se puede decir que la alienación corresponde a la identificación y la represión. Se sabe que la identificación tiene que ver con un significante que representa al sujeto, un significante que está en el Otro y con el cual el sujeto se identifica, pero que, a la vez, es un conjunto vacío. Esto es la división subjetiva para Lacan. Por otra parte, se señala que la alienación corresponde a la represión.

Entonces, la alienación para Lacan es lo que se produce en la articulación entre la identificación y la represión; esa articulación entre dos mecanismos que son significantes simbólicos. Y la separación será aquello que freudianamente entendemos como la función pulsional: donde teníamos al sujeto como conjunto vacío, allí mismo viene a instalarse el objeto lacaniano, el objeto perdido freudiano. En el *Seminario 11* se manifiesta que la separación es lo normal en la pulsión, ya que responde al vacío que resulta del mecanismo de alienación (identificación y represión).

Partamos enseguida al intento arriesgado de dar explicación a una situación particular desde las conjeturas teóricas que aquí se han planteado, construyendo y develando los hallazgos propios del caso que a continuación se describe.

NOTAS

^v Serge Leclaire (1924-1994) en Strasbourg; será el primer lacaniano de la historia. En 1953, en el momento de la primera escisión de la historia del movimiento psicoanalítico francés, sigue a la fracción llamada “liberal” y “universitaria” representada por Daniel Lagache, Françoise Dolto y Jaques Lacan, y participa así de la creación de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis (SFP 1953-1963), es miembro de la IPA-1910 y en 1969 junto a Jacques Derrida y Michel Foucault, funda el primer Departamento de Psicoanálisis en la Universidad de Vincennes (París VIII).

Capítulo III

“Más importante aún que la aceptación de mis resultados es para mí el método del que me he servido, totalmente nuevo, difícil de desarrollar y sin embargo insustituible para nuestros fines científicos terapéuticos”.

Sigmund Freud,
La etiología de la histeria.

3.1. Metodología

La presente investigación se llevó a cabo a través del estudio de caso; Stake (2006), Hammersley (2003) y Blatter (2008) reconocen que es complejo y problemático intentar asociar el estudio de caso con una forma específica de investigación, debido a que se ha utilizado tanto en el enfoque experimental como en otras aproximaciones cuantitativas y en la investigación cualitativa. Para resolver el asunto, utilizan el criterio de que el estudio de caso no está definido por un método específico, sino por su objeto de análisis. Entre más concreto y único sea éste, y constituya un sistema propio, con mayor razón podemos denominarlo estudio de caso.

Se reconoce al inconsciente como el objeto del psicoanálisis; sabiendo esto, el estudio de caso para ésta investigación se hará a partir de la toma del relato de una experiencia particular, producto de la escucha de un terapeuta y su correspondiente articulación teórica en conjunto con la práctica.

El estudio de caso psicoanalítico por tener como objeto de estudio al sujeto del inconsciente y por ende utilizar como método el Psicoanalítico, no encaja en la rigurosidad

de los modelos positivistas para la presentación de proyectos de investigación; sin embargo se puede utilizar la variante del estudio de caso cualitativo para darle forma a nuestra investigación para fines de exposición.

La U.S. General Accounting Office, en 1990, proporcionó una definición de estudio de caso cualitativo: “constituye un método para aprender respecto a una instancia compleja, basado en su entendimiento comprensivo como un todo y su contexto, mediante datos e información obtenidos por descripciones y análisis extensivos” (Mertens, 2005).

Podemos decir que la presentación de nuestro estudio de caso se encuentra dentro del paradigma de la investigación cualitativa o del estudio de caso cualitativo, teniendo como finalidad un trabajo heurístico a partir de la clínica misma, leída a la luz de la perspectiva psicoanalítica. Por ello, tendremos en cuenta los siguientes principios del trabajo freudiano:

- El psicoanálisis confronta los hallazgos con las reglas y realiza supuestos a partir de ellos. En su orden recoge un discurso, analiza los significantes para enlazar y encontrar de esta manera el cifrado inconsciente.
- Freud procede con un método parecido al del arqueólogo. Se retomarán entonces los detalles para completarlos en una deducción lógica, siempre dejando en claro hasta donde llegan los registros del discurso y desde dónde comienza la reconstrucción.
- Freud en su método precisa de observaciones, formula problemas, confronta los datos encontrados y produce conceptos que expliquen ciertos fenómenos.

El psicoanálisis se asume como una ciencia de lo particular y la realización de un análisis es siempre igualmente peculiar. La clínica no es una experiencia repetible a manera de un experimento de laboratorio, pero en condiciones similares, quien trabaje desde el psicoanálisis puede guiarse por su teoría y las herramientas que brinda para registrar los hallazgos.

Con respecto a la validez de la investigación, este trabajo ha sido rigurosamente supervisado por analistas y miembros de la comunidad académica de la maestría en cuestión.

3.2. Instrumentos

Como principal instrumento contamos con las viñetas clínicas, registro del material recabado del discurso del paciente surgido durante el proceso analítico; y del discurso podemos desprender la verdad del mismo.

Es relevante puntualizar aquí de igual manera, aquello que se investiga en psicoanálisis: la verdad del sujeto. La cuestión de la verdad fue abordada por Freud con el concepto de verdad histórica, término con el que diferenció este registro de lo que sería el acontecer histórico real y la historia conjetural. Los términos de Freud son: 1) *Historisch*: verdad histórica; 2) *Geschichte*: verdad material, fáctica o acontecer histórico real y; 3) *Historie*: la verdad conjetural, la historia construida, ese sector que es abordado por las ciencias conjeturales, por lo tanto, esa verdad que se intenta reconstruir.

Pura Cancina señala que con lo que se encuentra Freud al diferenciar estas verdades es con la duplicidad de las mismas. "...está diciendo (refiriéndose a Freud) que a eso real es

posible acceder un poco pero por medio de una construcción, o sea que ahí hay un límite. La relación con lo Real es la relación con la represión en el sentido de lo originariamente reprimido” (Cancina,2008:28).

La verdad ha sido un tema abordado por muchos teóricos del psicoanálisis así como por filósofos; desde Platón, pasando por Heidegger, Freud, Lacan y muchos otros. Para efectos de la investigación en psicoanálisis es conveniente la figura ambigua de la verdad, esa que no podría revelar sin ocultar. Eso que señala la misma neurosis: dice, esta es mi verdad, ya esa dicha como queja, como reivindicación, como constatación, para venir a descubrir que no era más que una verdad a medias.

3.3. Procedimientos

3.3.1. Entrevistas preliminares

Las primeras entrevistas son ese tiempo que va desde que un sujeto se encuentra con su analista hasta el momento de entrada en análisis. Con Freud se plantean como la oportunidad de establecer un diagnóstico diferencial y saber si el sujeto era analizable; con Lacan, se proponen como antesala del análisis y hay un umbral que traspasar, dado por la puesta en juego de la transferencia.

Se realizaron 2 entrevistas preliminares antes de encuadrar con el paciente, las cuales consistieron en recabar datos generales, motivo de consulta, contexto familiar, situación de relación con su familia, amigos, etc. De igual manera se citó a la madre del paciente para saber cuál era la demanda de ella, quien fue la que solicitó el servicio para su hijo; con ésta se destinaron dos sesiones para entrevista.

3.3.2. Encuadre

Encuadre es un término no utilizado por Freud, pero en su aplicación al psicoanálisis Zac lo define en el Tomo XVIII de la Revista de Psicoanálisis de la siguiente manera: “Utilizo la noción de encuadre para referirme al conjunto de estipulaciones, explícitas o implícitas, que aseguran... un mínimo de interferencias a las actividades que se desarrollan entre paciente y analista. Para que las estipulaciones del encuadre aseguren efectivamente lo que pretenden asegurar, deben ser, como es obvio, constante; en el sentido de que se mantienen en forma invariante en una determinada situación”.

En la segunda entrevista y después de haber tenido una de éstas con su madre, se encuadro al paciente, se estableció la frecuencia de una vez por semana en un horario vespertino, por el horario de escuela del joven.

Posterior al estudio socioeconómico correspondiente por parte del departamento de trabajo social de la USP, se estableció la cuota de 70 pesos y se acordó que me entregaría el recibo de pago al final de cada sesión.

Respecto de los horarios se empezó el trabajo los martes a las 4:00 pm, -después de varios meses, hubo un reacomodo para trabajar en mi consultorio particular los sábados a las 12:00 pm; la razón: un cambio en las actividades extracurriculares del paciente-. El tiempo de cada sesión sería de 45 minutos, aclarándole tanto a él como a su madre, que de haber un retraso, se trabajaría el tiempo restante; y en caso de no poder asistir, notificarlo con una llamada telefónica 24 horas previas a la sesión, de lo contrario, se le cobraría el monto de la misma.

3.3.3. Asociación libre

El método de la asociación libre es el único que posibilita y fundamenta la situación analítica y mantiene por ello su total vigencia en la actualidad. Las diferentes modalidades técnicas de las que hablaba Freud, al igual que muchas de las variantes técnicas introducidas posteriormente por las escuelas posfreudianas continúan, en términos generales, teniendo su sentido dentro del método de asociación libre.

Una vez realizado el encuadre, se le comunicó al paciente la regla fundamental del método psicoanalítico antes mencionado, la cual consiste en que el paciente diga todo cuanto se le ocurra sin tratar de omitir nada, le parezca trivial, le parezca vergonzoso, o le parezca que no venga al caso.

3.3.4. Atención parejamente flotante

Este procedimiento es dirigido para el terapeuta el cual consiste en poner pareja atención a todo el discurso del analizando sin tratar de seleccionar, privilegiar o sesgar información. El diccionario de psicoanálisis de Laplanche y Pontalis (1996) le define como la manera en la que según Freud, “el analista debe escuchar al analizado: no debe a priori, conceder un privilegio a ningún elemento del discurso de éste, lo cual implica que el analista deje funcionar lo más libremente posible su propia actividad inconsciente y suspenda las motivaciones que habitualmente dirigen la atención”.

3.3.5. Neutralidad

Se le especifica como una cualidad definitoria en la actitud del analista durante la cura. Consiste en no juzgar al paciente con base en algún ideal o ideología, mantener una

postura neutra hacia lo que nos comunica, ya sea cuestiones religiosas, políticas, morales, sociales; es decir, no dirigir la cura en función de un ideal cualquiera que éste fuera, así como abstenerse de dar consejos. El terapeuta procurará mantenerse neutral respecto de manifestaciones transferenciales, el discurso del analizado así como rechazar cualquier concesión a priori en virtud de prejuicios teóricos, a un determinado fragmento o a algún tipo de significaciones.

Respecto de la neutralidad, Elisabeth Roudinesco plantea una crítica notable, señalando que algunos colegas que, amparándose en un saber supuestamente “objetivo”, no son capaces de ensuciar sus manos en el barro de la historia.

3.3.6. Abstinencia

Al igual que la neutralidad, la abstinencia se mantiene respecto de la cura, ya que ésta debe ser dirigida de tal manera que el analizado encuentre el mínimo de satisfacciones sustitutivas de sus síntomas. Consiste, para el analista, en no acceder a las demandas, a los roles en que nos pueda colocar o a subrogaciones de satisfacción del paciente.

3.3.7. Condiciones institucionales

El proceso inicial de ingreso a la Unidad y el análisis del paciente son desconocidos, dado que aun cuando un requisito para el cambio de terapeuta es el de recibir para su revisión, el expediente en curso del paciente, esto no se pudo consumir ya que el documento se encontraba incompleto al momento de solicitarlo. Iniciado en tratamiento, se utilizaron en un inicio, cubículos del área clínica de la USP de la facultad para llevar a cabo el tratamiento. Posteriormente, las sesiones se llevaron a cabo en un consultorio particular.

3.4. Técnicas y estrategias de intervención

3.4.1. Instrumentos para recabar información

3.4.1.1. Hoja de preconsulta

Es un instrumento utilizado en el departamento de preconsulta de la USP, en el cual se recaban, en una entrevista realizada por un integrante de dicho departamento, los datos generales del paciente así como su motivo de consulta.

3.4.1.2. Discurso del paciente

Para referirnos al discurso del paciente es preciso mencionar la especificidad del método psicoanalítico: asociación libre del lado del analizante y atención flotante del lado del analista. En esto encontraremos lo que el paciente elabora en su discurso y lo que el analista escucha. Freud asienta en Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1997) que en el campo de la investigación científica habría dos dominios deslindables: el dominio donde se busca y el dominio donde se encuentra. A posteriori desarrolla todo un discurso sobre esta premisa y concluye que para el psicoanalista y el psicoanalizante no se trata de buscar sino de encontrar.

Lo anterior sostendrá que mientras el discurso del paciente ocurra, no será menester del analista el de buscar para encontrar. Cancina (2008) escribe: "...el buscar es enviada, a un *a posteriori* del hallazgo porque en ese *a posteriori* del hallazgo, podrá cumplirse el requisito de al menos dos...es imprescindible que el psicoanalista sea al menos dos, el que produce efectos y el que a esos efectos los teoriza".

De lo que se dice, tomamos para hacer recortes clínicos y análisis de ellos, el discurso del paciente que ha sido puesto sobre papel por nosotros, los clínicos. Bien se propone que “no se trata de sustituir la palabra por el escrito creyendo que así hemos aferrado lo real. El escrito bordea lo real y se trata de usarlo sin que ello sustituya a la palabra sino usar la escritura para producir el equívoco, porque tenemos necesidad del equívoco precisamente para el análisis” Cancina (2008: 84).

3.4.1.3. Viñetas clínicas

Se refieren al registro escrito de lo que pasó durante las sesiones, para usarse como relato durante las supervisiones. Es adecuado aclarar que los apuntes de lo que el paciente desarrolla en sesión no son sino el relato del analista de lo que escucha del paciente y no exactamente lo que el paciente dice; sin embargo, sí se consideran como una herramienta precisa para invocar en cierto momento aquel discurso del que ya no está presente a la hora de escribir las notas.

3.4.1.4. Preguntas sobre datos específicos

Se usaron en casos muy particulares para confirmar o averiguar datos específicos que no llegaban a ser abordados de manera espontánea durante el discurso del paciente. También se tornó necesario aclarar detalles sobre todo en las entrevistas con la madre del joven, especialmente cuando se hallaban relatos de situaciones que el paciente había narrado previamente y en el discurso de la madre se advertían versiones distintas del suceso.

3.4.2. Instrumentos de concientización

3.4.2.1. Interpretación

Consiste en devolverle al paciente algo de su discurso que, vale decir, es suyo, le pertenece, pero que no sabe que sabe que le pertenece; apunta hacia lo simbólico. Dice Freud respecto de esto: “Sería hartamente atractivo reunir aquí otras varias observaciones de este género mas prefiero limitarme, por ahora, a las ya expuestas y presentaros otros casos de distinta naturaleza, o sea aquellos en que nuestra interpretación debe esperar a ser confirmada por sucesos posteriores, La condición principal de estos casos es, naturalmente, la de que la situación psíquica actual no sea desconocida o se muestre inaccesible a nuestra investigación. Nuestra interpretación no poseerá entonces más valor que el de una simple hipótesis a la que ni aún nosotros mismos podemos conceder gran importancia. Pero posteriormente sucede algo que nos muestra cuán acertada fue desde un principio nuestra interpretación hipotética” (Freud, 1916:).

3.4.2.2. Señalamientos

Constan de indicar o señalar algo del discurso del paciente que nos llama la atención y que se nos presenta inmediatamente; es dirigido principalmente de yo a yo. En Construcciones en Psicoanálisis (...) Freud señala: “Podemos resumir la cuestión afirmando que no hay justificación para que se nos reproche que descuidamos e infravaloramos la importancia de la actitud de los sujetos sometidos a análisis ante nuestras construcciones. Prestamos atención a ella y a menudo obtenemos valiosas informaciones. Pero esas reacciones por parte del paciente son raramente inequívocas y no proporcionan oportunidad para un juicio definitivo. Solamente el curso posterior de análisis nos faculta para decidir si nuestras construcciones son correctas o inútiles. No pretendemos que una construcción sea

más que una conjetura que espera examen, confirmación o rechazo, No pretendemos estar en lo cierto, no exigimos una aceptación por parte del paciente ni discutimos con él si en principio la niega”.

Respecto de los señalamientos se enmarca claramente la notoriedad de la pertinencia de las intervenciones del analista únicamente por sus efectos posteriores.,

3.4.2.3. Confrontación

Similar al anterior, también es una intervención de yo a yo, diferenciándose del señalamiento en que, como su nombre lo dice, confronta situaciones que vive o dice el paciente, pero que no las acepta en su momento. Del término se deduce que es una intervención que apunta a confrontar situaciones, sentimientos, etc., entre ellos.

La intencionalidad es que a partir de dicha intervención emerja una idea, una asociación que se enlace con algún contenido inconsciente. Esto se puede dar en el mismo momento o, aparecer después en la conciencia o a manera de cualquier representación inconsciente: sueño, acto fallido, etc.

3.4.2.4. Construcción

Es un término propuesto por Freud para designar una elaboración del analista, destinada principalmente a reconstruir en sus aspectos reales y fantaseados, una parte de la historia infantil del sujeto. Diferenciándose de la interpretación, la construcción suele ser más extensa y más distante del material elaborado en sesión.

Una vez delimitadas las condiciones metodológicas así como las herramientas que se han utilizados durante el tratamiento específicamente en el caso que se presenta enseguida, se avanzará en exposición de los hallazgos, los detalles, las singularidades y su respectivo análisis.

Capítulo IV

“Algunas veces, cuando uno quiere ser ingenioso ocurre que se miente un poco. No he sido muy honesto cuando hablé de los faroleros. Corro el riesgo de dar una falsa idea de nuestro planeta a quien no lo conoce”.

Antoine de Saint Exupéry,
El principito.

En el presente capítulo se abordará de manera detallada el caso clínico que concierne a este trabajo. Se estudia la historia antes de llegar a consulta, su motivo de tratamiento, la estructura subjetiva del analizado y, finalmente, su tratamiento. El proceso se divide en tres grandes momentos que le dan conexión a los cambios que el paciente fue sobrellevando durante la evolución del tratamiento.

4.1. Historial clínico

4.1.1. Resumen general del caso clínico.

El paciente, a quien en lo consecuente y para efectos de conservar en el anonimato su identidad, me referiré como Set, muestra al llegar una estatura mediana y complexión delgada; tez morena y ojos de color; cabello recortado y desaliñado. En general, su aspecto es descuidado y durante los primeros meses acude vistiendo su uniforme escolar. Es importante destacar que, pasados unos meses, Set deja ver un aumento considerable en su estatura y una diferencia notable en su forma de vestir e higiene personal.

Set era un pre-adolescente de 14 años de edad cuando fue llevado a la clínica por su madre quien, por las circunstancias que parecía le rebasaban, tomó la decisión de acudir a la

división de "Equidad de género y violencia" de la facultad de psicología de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), solicitando apoyo psicológico para su hijo.

He de dejar en claro que cuando se me asignó el caso, fue hecha una puntualización importante: el paciente había sido remitido por una solicitud de cambio de terapeuta. Acorde a su expediente, se le había proporcionado tratamiento por ocho sesiones bajo el enfoque clínico psicoanalítico y, posteriormente, fue transferido por recomendación de la persona que le atendió en primera instancia. Es así como continúa un tratamiento ulterior bajo mi escucha.

Para iniciar se concertó una sesión con la madre del paciente, con el propósito de dar cuenta del motivo aparente de consulta, ya que fue ella quien solicitó el servicio; sin embargo, las entrevistas preliminares con ésta se prolongaron durante dos sesiones. La madre quien está en la recta final de la década de los cuarenta, se caracteriza por ser de estatura mediana, complexión muy robusta y tez morena. Dentro de los datos que proporcionó durante ambas sesiones, se encontró que se dedica a la docencia en educación secundaria y, actualmente, su hijo (Set) estudia en el plantel donde ella imparte clases.

La madre vive en una casa de clase media baja con sus tres hijos: Set de 14 años, Ben de nueve y Ari de cuatro; el padre no vive con ellos y, hasta hace poco, vivían en casa de la abuela materna (la información de la estructuración familiar se encuentra con detalle en el punto 4.2 de este capítulo).

Las relaciones vinculares que Set mantenía con los miembros de su familia y que éste evocó en su propio discurso, se explicarán con detenimiento más adelante (4.2.1); sin

embargo, una singularidad del caso es la relación que guarda con su madre, la cual ha de caracterizarse por mostrar lo que pareciera ser la permanente insatisfacción de los deseos de esta última. Riñas recurrentes, presencia de violencia en varios de sus matices, omnipotencia materna por un lado y, por el otro, incompetencia para ejercer la figura correspondiente a la madre, entre otros. Son algunas de las constantes en la relación dual entre el paciente y su progenitora. Los motivos van desde los hábitos de limpieza dentro del hogar; quejas de algunos familiares y vecinos por la conducta de Set; hasta detenciones por pleitos dentro de la escuela.

En los casi dos años de tratamiento, pareciera que Set ha podido tomar conciencia del tipo de relaciones que establece con las personas en general, en las que predomina la hostilidad, el lenguaje agresivo y las maneras poco sutiles, además de una relación poco formal con su madre, en la que se dejan ver episodios de agresiones mutuas; a lo que se suma una imagen poco dispuesta que él ha decidido apostar frente a los demás.

4.1.2. Motivo de consulta.

De acuerdo a la ficha de identificación que me fue conferida para la atención del paciente que hoy nos ocupa, el motivo de consulta era: intento de suicidio y conductas violentas con su madre y hermanos. La madre refirió también que “la había intentado matar”.

Se torna importante aclarar que tanto el intento de suicidio como el atentado contra su madre, nunca ocurrieron. Sucedieron más bien episodios violentos de los cuales la madre tergiversó la información y los relató como ataques hacia ella, e intento de suicidio por parte del menor, inclusive.

4.1.3. Demanda del tratamiento

La demanda de servicio es puesta por la madre. Ella acude al centro pidiendo apoyo debido a la manifestación de conductas agresivas por parte de su hijo, quien en dos ocasiones le había tratado de atacar con objetos punzo cortantes y había amenazado con hacerse daño.

Al chico y a la madre se les brinda atención por separado y, más adelante, se tramita un cambio de terapeuta para el hijo por recomendación de la primer persona a quien fue remitido el caso. Ésta señala -según el expediente recopilado de archivo- que el paciente no elabora nada, ya que no habla en las sesiones y “se muestra poco dispuesto para el trabajo clínico”. Cuando el caso me es referido, ya habían transcurrido alrededor de dos meses de su última sesión con su terapeuta inicial.

4.1.4. Sintomatología actual.

El chico elabora muy poco discurso, por lo que los primeros datos son recolectados en entrevistas con la madre. Por descripción de la misma, han ocurrido tres eventos importantes: 1) el joven ha amenazado con lanzarse de la ventana si no se cumple una petición repentina causada por las circunstancias del momento; 2) él ha amenazado a su madre con un cuchillo en la cocina de la casa por un permiso no otorgado; 3) por la misma razón que la anterior, el chico amenaza una vez más a su madre con un desarmador y se abalanza hacia ella.

Otro aspecto que refiere la tutora del menor es que está amenazado en la escuela secundaria en que cursa sus estudios, esto debido a conductas disruptivas como: contestarle a los maestros, peleas ocasionales y bajas calificaciones. A esto se adhieren los pleitos

constantes dentro y fuera de la casa habitación entre madre e hijo, inclusive involucrando violencia física.

4.1.5. Impresión diagnóstica.

Un elemento que se halló como determinante para lanzar la recomendación de cambio de terapeuta fue: “el paciente no elabora discurso”^{vi}. Si bien es cierto que la actitud de Set al llegar al cubículo y sentarse en la silla mostraba a un chico aburrido e indiferente, en cuanto se le hicieron un par de preguntas, las palabras comenzaron a fluir. Acto seguido del saludo y mencionar mi nombre, le cuestioné:

-¿Sabes por qué estás aquí? (Su respuesta fue inmediata).

-Vengo para que usted me diga qué estoy haciendo mal, y ya, yo hacerlo bien.

Se dejó ver desde aquí su preocupación por ser aquello que hasta ahora no ha logrado ser, ser algo diferente para gustarle a un otro: la complacencia que distingue al obsesivo.

En el plano aparente Set hace todo lo contrario a complacer a su madre, quien no hace más que quejarse de las conductas agresivas de su hijo. Sin embargo, lo que nos interesa va más allá de la superficialidad. He aquí donde encontramos lo que pareciera ser el menoscabo en la expresión de su demanda, desde el cual asume la servidumbre voluntaria de la que habla Dör (2006:138), lo que lo lleva a aceptar y padecer todo. Ocupa así el lugar del goce del Otro, es decir, de su madre. Ante comentarios de esta última, como: “no lo aguanto”, “no puedo con él”, “por favor dígame qué hacer con él”, se devela una condición de, por un lado, la búsqueda histórica del ideal; y, por el otro, su insatisfacción. Y si pensamos que la madre

desea que el hijo obedezca nos estaríamos equivocando; la demanda materna aludiría a su expectativa insatisfecha (Leclaire, 1982:114).

Rasgo fundamental en la lógica obsesiva es la necesidad de saciar el deseo (insatisfecho) de la madre. Eso que ella espera, que el papá podría darle, y que él no le da: “vengo para que usted me diga qué estoy haciendo mal y ya, yo hacerlo bien”. A la madre no se lo dice, pero en sus sesiones el contenido del comentario será recurrente.

Es así que a partir de los hallazgos de las primeras entrevistas, y posterior y frecuentemente confirmado a lo largo del tratamiento, la línea diagnóstica bajo la cual fue situado el mismo, fue la estructura de neurosis con rasgos obsesivos.

A lo largo del desarrollo del tratamiento, se hace notar un yo y unas imágenes interna y externa fortalecidas, en función de las demandas afectivas hacia los objetos y la exigencia de los diferentes ámbitos en que se desarrolla el paciente.

4.2. Estructura Subjetiva

4.2.1. Contexto personal y familiar.

Set es el primer hijo de tres, su hermano de nueve y su hermana de cinco le suceden; su madre es maestra en una escuela secundaria pública y su padre (padre también de sus dos hermanos) es peón con trabajos diversos -albañilería principalmente. Este último no figura físicamente en la dinámica familiar; nunca ha vivido con ellos, sin embargo, realiza visitas esporádicas, siendo más frecuentes en fin de semana.

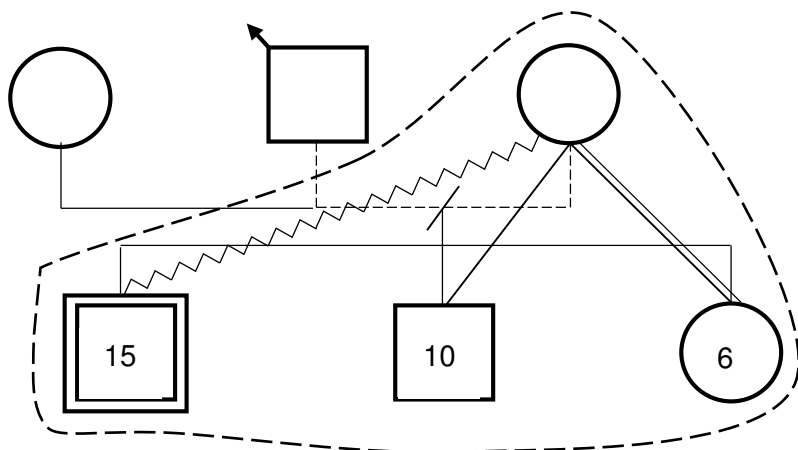
Por relato de la madre, el papá permanece como periférico en la dinámica familiar, y tampoco figura económicamente en la manutención de la misma. Cuenta con una familia previa conformada por él y su esposa con quien no tiene descendencia; la relación con la madre del paciente era una especie de concubinato. Por esta información otorgada por la madre del paciente, nos enteramos de que la familia de la que es parte Set es la segunda familia del padre. Las maneras en las cuales se acerca el padre a la madre del paciente a través de los años no fueron descritas; aunque la madre menciona que: “él sólo me sirvió para darme hijos, y era lo que yo quería: tener hijos”. Las edades de los hermanos de Set muestran la frecuencia o infrecuencia del contacto de sus padres a lo largo de varios años.

El paciente vive actualmente con su madre y sus dos hermanos en una casa modesta; pertenecen a un nivel socioeconómico medio bajo; estudia en una secundaria federal y al momento de integrarse al tratamiento no realiza actividades extracurriculares, detalle que resultará relevante más adelante, en la explicación del caso.

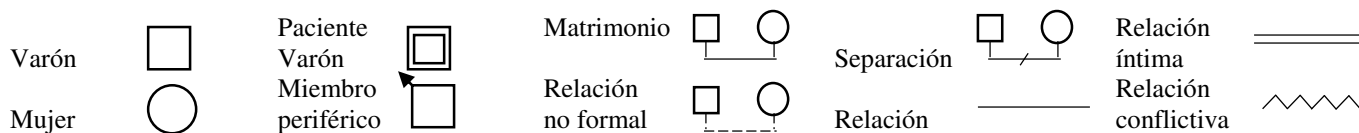
4.2.2. Figuras Significativas

- Madre: mujer en alrededor de los 40, de mediana estatura y complexión gruesa, con sobrepeso notable. Es maestra de Historia en secundarias del sistema público estatal y, actualmente, en el mismo plantel que su hijo. Por el momento recibe tratamiento en la USP, igualmente, bajo el enfoque psicoanalítico. El paciente se refiere a ella utilizando el nombre propio y no como “mamá”, lo que denota un distanciamiento considerable entre ambos. La única referencia que hace de su madre es como figura intolerante y quien “se enoja por todo”.

- Padre: un padre ausente físicamente, padre también de los dos hermanos menores. Se desconoce su apariencia física; lo único que sabemos por palabras del paciente es su nombre y a qué se dedica. La cercanía con éste es raquítica ya que únicamente los visitaba una vez por semana. Pasados unos meses después de iniciado el tratamiento, tanto el paciente como la madre mencionaron que no habían tenido contacto con el padre debido a que éste alegaba haberse ido a trabajar al vecino país del norte.
- Hermanos: tiene dos: Ben y Ari de nueve y cuatro años, respectivamente. Ambos estudian en instituciones públicas. Con el primero comparte habitación y llevan una relación troncada: por todo pelean. Ari es una niña tranquila y el paciente no hace mucha referencia a ella.



*El presente cuadro muestra el mapa familiar del paciente.



4.2.3. Estructuración edípica.

El concepto de Complejo de Edipo es un tema central para el psicoanálisis, y ha sido teorizado por Freud y Lacan con similitudes importantes, pero las diferencias se hacen notar cuando el autor post-freudiano, brillantemente, otorga relevancia a elementos cruciales al triángulo descrito por el primero, tales como la figura del falo^{vii}. Veamos pues, por qué el componente anterior es relevante en el caso que nos atañe.

Como se menciona previamente en la descripción del contexto familiar, el padre del paciente no figura en la escena, o al menos no lo hace de manera recurrente; por lo que se logra inferir que la madre crió a sus hijos bajo la ausencia de un padre físico, lo que no descarta la función de un padre simbólico.

Lacan explica el Edipo en un nivel estructural, en la que cada personaje tiene funciones y se define con relación al otro y el lugar que ocupa, éste da cuenta, a la vez, de “la evolución que progresivamente reemplaza a la madre como personaje central primordial mediante el padre como referencia última y principal” (Leclaire, 1982:117).

Asiéndonos de las tres fases en las que se desembrolla este complejo, podemos decir que, en un primer momento la madre del paciente tiene terreno fértil para ubicarse como personaje central; un padre que no aparece y el deseo de ésta para con el hijo son suficientes para hacernos pensar tal idea. En una de las sesiones en las que se cita únicamente al tutor, ella expresa: “mi deseo siempre fue el de tener hijos, tener así una familia”. Nunca menciona el anhelo por una pareja, menos el deseo por ser madre. El hijo, dadas las circunstancias en las que fue concebido (me refiero aquí a la relación extramarital que mantenían los padres),

y siendo el primogénito, tiene servida en bandeja de plata la identificación con el deseo de la madre.

Ha sido reiterada ya la condición histérica de la madre de Set y, cumpliendo con su propia lógica estructural, hubo de hacerle saber a su hijo que él no era suficiente -he aquí donde nos topamos con el segundo momento- condición que mantiene al joven paciente en la incesante lucha por la confirmación de quien le diera la vida. Con un padre ausente, el ser de quien había de tomar la referencia para futuras identificaciones se percibe como no más que una figura paterna decaída y menospreciada. No obstante, la madre continuamente expresa verbalmente el deseo porque su hijo sea “alguien de bien, que estudie y que salga adelante”; pese a que sus actos y ataques verbales hacía el paciente crean la fórmula perfecta para que éste se desplome y desista en la lucha.

Dirigiéndonos hacia la recta final, el paciente se refiere a su padre por su apelativo (Paco) y no por su nombre (Francisco); tampoco le llama papá. No habla mucho de él al principio; sin embargo, más adelante dedica un par de sesiones al progenitor para delatar su nostalgia por lo que siente como un abandono hacia él, su madre y hermanos. Damos cuenta ciertamente de que el padre, con sus visitas esporádicas los fines de semana, se mostró como el poseedor real del falo; lo que no se advierte es la dirección que siguen las identificaciones posteriores de Set, así como el sendero hacia donde se ha encaminado el ideal del yo.

4.2.4 Perfil Subjetivo.

4.2.4.1. Maneras de interacción.

Set se vincula con los otros dejándose ver como una persona predominantemente evasiva y poco elocuente. Interactúa con adultos lo mínimo necesario y pareciera que más bien prefiere reunirse y hacer migas con chicos más pequeños que él. De esto podemos inferir que es de su agrado que le vean como una figura modelo y le imiten: alguien a quién seguir. Es temerario ante actos y situaciones que pueden devenir en peligro y se somete a pruebas de fuerza y resistencia en el grupo de iguales al que pertenece. En su familia las más de las veces lo perciben como alguien que está siempre de mal humor.

4.2.4.2. Identidad sexual.

Heterosexual.

4.2.4.3. Rasgos de carácter

Set muestra rasgos predominantemente obsesivos, manifiestos en su sentido de tenacidad, obstinación y hasta terquedad. Esto le lleva a asumir posiciones de superioridad con aras de acrecentar su autoestima, mermada constantemente por su madre. La terquedad se observa en su discurso como un recurso de defensa ante la fantasía de ser objeto de abuso y/o burla.

Otro aspecto a destacar dentro de los rasgos de carácter es una rigidez importante en las emociones. Podemos pensar que la angustia e inseguridad que le han provocado situaciones espontáneas o fuera de su control le llevan a bloquear emociones y afectos.

4.2.4.4. Recursos Yóicos.

Se percibe una notable capacidad de insight. A través de las sesiones el discurso ha devenido más fluido y conectado con la misma intervención. Existe también un buen nivel de abstracción y comprende de manera correcta ciertas intervenciones metaforizadas.

4.2.4.5. Mecanismos de defensa.

- Represión: hacer inaccesibles a la conciencia ciertas circunstancias en las que ha causado conflicto y de las cuales es responsable.
- Negación: el paciente dice no recordar los periodos previos a situaciones en los que se ha mostrado específicamente agresivo con otros.
- Desplazamiento: constantemente se muestra enojado con personas y situaciones cuando el origen del enojo bien sabemos proviene de otra fuente, o bien, es de otra índole.
- Proyección: ve en otras personas características propias que le son inaceptables o criticables, tales como: chismes, alegatos, pereza, crítica irracional, entre otras.
- Supresión: muy a menudo reprime intencionalmente material consciente desagradable.
- Formación reactiva: Adopta actitudes de sentido opuesto a lo que podría ser un deseo reprimido o un sentimiento que quiere ocultar, y que se ha constituido como reacción contra éste.

4.2.4.6. Características del superyó.

Aunque pareciera lo contrario, el paciente tiene un superyó instaurado. Distingue perfectamente entre lo que se debe hacer y lo que no; lo acata medianamente. Cuando no es así, rápidamente adecua su conducta para no tener repercusiones con el medio o autoridades. No sólo respeta a sus iguales, hablando del grupo de amigos, sino que les alienta y hasta da la impresión de que los cuida.

Una vez precisadas las piezas del logogrifo que es nuestro caso, daremos paso a presentar los detalles que arman las categorías encargadas de soportar los supuestos presentados al inicio.

4.3. El complejo de Edipo

Se discutió previamente la estructuración edípica del paciente, lo que permitirá concentrarnos en el foco de la constitución de la identidad del adolescente que tratamos. Comenzaremos por uno de los primeros componentes que se hubieron de poner en juego:

4.3.1. Identificación con el deseo de la madre.

Se retomará aquí el concepto de deseo materno, apuntándolo como significativo en el juego de la metáfora paterna. Ahora, se piensa en el deseo de la madre no sólo en tanto madre sino también al deseo en cuanto mujer, lo que resultará sustancial, ya que el niño desde pequeño se pregunta “¿qué desea mi madre?”, cuestionamiento que se verá mutado más adelante en el “¿qué desea una mujer?”.

Estos interrogantes surgen a partir del deseo; aunque éste no viene sólo, se hace escoltar por el goce de ese Otro que deviene esencial. Pero no sólo el deseo del sujeto se acompaña del goce, con esto se infiere que el deseo materno también implica a su vez deseo y goce.

Pero, ¿por qué se dice que el paciente en cuestión tiene cierta identificación con el deseo de la madre? Por relato de ésta sabemos que Set vivió los primeros años de su infancia y, hasta el nacimiento de su hermano, únicamente con su madre; y, si bien es cierto que visitaban frecuentemente a la abuela materna, también lo es que los cuidados que recibió durante sus primeros años se los brindó esencialmente quien lo trajera al mundo.

El en aquel entonces bebé estaba a merced de su progenitora y él la tenía sólo para sí. Podemos imaginar cómo fácilmente se sentaron las bases para pasar a ser eso en lo que la madre encontraría la fantasía de completud. Así lo propone Dör (2006:130), cuando señala que “la madre deseará algo que el padre posee”, o bien, elaborará la fantasía de hallar aquello con lo que devenga entera en el hijo que éste le dio.

Durante una sesión con la madre señaló: “El papá de mis hijos nunca me ayudó, sólo me sirvió para eso, para darme hijos”. Sumémosle a este último comentario el que ya había delatado previamente la mujer: “Mi deseo siempre fue el de tener hijos, tener así, una familia”. No señala directamente el deseo por tener una pareja o por ser madre.

Tras un par de decenas de sesiones, Set dejaba fluir su discurso en cuanto llegaba al consultorio. El relato de disputas entre él y su madre era recurrente, y el aire que manaba a

la vez que las palabras se dejaban escuchar, más que de enojo, parecía de preocupación e impotencia por no saber cómo hacer para evitar las discusiones. “Mi mamá se enoja por todo, no hay una cosa que no la haga enojar, el otro día me pidió que trapeara y lo hice, pero como no trapeé la cocina, me regañó”.

Otro día comparte: “Hoy mi mamá dejó que me fuera a la casa solo, pero primero pasé a casa de mi abuela, pero entonces me acordé que mi mamá iría con una amiga a la casa y me fui rápido para alcanzar a trapear antes de que ellas llegaran”. Set deja exhalar entonces un suspiro de tranquilidad y termina: “...y qué bueno que me fui de casa de mi abuela rápido, porque apenas terminé de trapear y que llega mi mamá con su amiga”.

Pasajes como el anterior fueron revelados a lo largo del tratamiento, en los que los quehaceres de la casa desataban reclamos provocadoramente violentos por parte de la madre hacia Set; a los cuáles él, como el toro de lidia acorralado sin otra opción más que embestir, se dejaba ir hacia ella protegiéndose agresivamente. Pronto se advirtió, gracias a las reuniones periódicas con la primera, que dichas desavenencias no eran más que el producto de ambigüedades en su discurso, y que lo que parecían ataques del hijo (en la sintomatología actual descrita en el punto 4.1.4. se mencionan los ataques referidos por la madre) no eran más que autoprotecciones, en las que espejeaba la propia reacción de la madre.

Así, se deja ver por un lado a una madre que acude a una instancia pública para que su hijo reciba apoyo psicológico, aparentando preocupación que toda “buena madre” mostraría; y, por el otro, a un hijo convaleciente en el intento por complacerla, al acudir y hacerse ayudar. Se podría decir que quien estuviera del otro lado del escritorio observa a un

adolescente mal portado, a un niño problema, cuando lo que devela la escucha del análisis es a un hijo enredado en la relación con su madre, quien prolonga su propio goce muy a pesar de su propio sufrimiento y el de su hijo.

4.3.2. En el nombre del padre...

Cuando Leclair (1982) habla de *Philon o el obsesivo y su deseo*, subraya la situación central del Edipo respecto de la madre: “mamá espera algo; algo que papá puede darle; que él no le da”. Apoyándonos en lo abordado en el apartado anterior, se observa cómo el hijo atiende a la expectativa de su madre que está claramente dirigida hacia él, expectativa que se asegurará de mantener insatisfecha.

Para demostrar lo que sigue se deberá dar lugar a la mención del pasaje del *ser al tener*, ampliamente explicado en el soporte teórico del presente trabajo, por lo que aquí sólo retomaremos los puntos elementales. El niño interpreta la vivencia psíquica en la que la madre aparece para él como dependiente del padre. Paco (padre de Set) comparecía (aunque no siempre) en el hogar los fines de semana; el pequeño bien podía darse cuenta de que la madre dirigía su atención hacia otro hombre, e inclusive, podemos aventurarnos a decir que tuvo oportunidad de invertir simbólicamente a su padre en esos momentos. El pasaje del ser al tener, recordemos que obra con el desplazamiento de la atribución fálica, pero ésta sólo puede ocurrir a través del discurso de la madre.

Lo que sucede a lo dicho anteriormente es que en cada caso se articula este pasaje de maneras peculiares “...pueden ocurrir ambigüedades que no son significadas, en el discurso de la madre, a propósito de la localización del objeto del deseo, el niño puede instalarse

imaginariamente en un dispositivo de suplencia para la satisfacción del deseo materno” (Dör, 2006:131). La insatisfacción materna de la que dimos cuenta, respecto de la función paterna, reclama en el niño la necesidad de suplirla.

Durante la primera entrevista con la mamá de Set, exclama: “Él no entiende que nosotros somos los adultos en la casa, debemos llevarnos bien para que los niños no vean que peleamos”. Alarma la afirmación, revelando el lugar en el que pone la madre a su hijo, quien al parecer aspira a complacer a su madre “para intentar sobre todo reencontrar la referencia paterna” (Leclaire, 1982). No obstante, a diferencia del ejemplo que ofrece Leclaire en el apartado dedicado al deseo del obsesivo, en su libro *Desenmascarar lo real* (1982), el paciente aquí descrito no persigue el mismo ideal que su madre. Mientras ella lo asume en una condición de adulto, el chico apenas atraviesa las vicisitudes de la pre adolescencia.

No se descarta aún alguna similitud con el ejemplo ya citado. Pensando en la demanda en el caso de Set, concuerda con la del joven Philon, como seguramente también con la de otros sujetos en la lógica obsesiva: el reconocimiento por los otros. Dedicó el joven paciente (Set) un sinnúmero de sesiones a narrar cómo diversos personajes de su vida le reprochaban constantemente tanto actos como decisiones, y cómo él -desde su discurso- les provocaba para hacerles pensar que era eso que ellos esperaban que fuera.

En la trigésimo primer sesión él dice: “Mi mamá y mi tío quieren que vaya a la preparatoria, pero yo les dije que no. Ellos se enojaron mucho y me regañaron. Mi mamá me dijo que yo seguramente sería un bueno para nada y que si no estudiaba, no me quería ver después de flojo sin trabajar. La verdad es que yo ya investigué y hay dos prepas que me

llaman la atención”. Después habla durante casi media hora de los pros y contras de cada una de las instituciones de las que ha indagado. Se denuncia un sujeto que no busca otra cosa que la guía que le ha faltado, aunque esto implique un no reconocimiento.

Si optamos por seguir la línea que Leclaire sugiere, pensamos en el padre como la figura en quien recaería el reconocimiento de ese hijo, en tanto le ayude a liberarse de las garras del deseo de su madre y así devenir en el hombre que por identificación le correspondería ser. Pero, al igual que al protagonista del texto, a Set su madre tampoco le auxilió para que el acceso se diera, sino todo lo contrario, despojándolo de la posibilidad de que su demanda se separara del deseo de satisfacerla a ella.

Ese niño que en un principio se podría pensar privilegiado, no es más que un vasallo ante la suplicia de la satisfacción desfalleciente del deseo materno. En otras palabras “...llevará de forma indeleble, la marca de la insatisfacción inherente a toda demanda”. (Leclaire 1982:120)

4.4. *Agredo ergo sum: Agredo, luego existo.*

Se hizo mención ya en el punto que refiere la sintomatología actual (4.1.4) de los eventos disruptivos motivo de queja por los que la madre de Set acudió a la clínica en busca de apoyo psicológico para su hijo. Los recordamos: 1) el joven ha amenazado con lanzarse de la ventana si no se cumple una petición repentina causada por las circunstancias del momento; 2) él ha amenazado a su madre con un cuchillo en la cocina de la casa por un permiso no otorgado; 3) por la misma razón que lo anterior, el chico amenaza una vez más a su madre con un desarmador y se abalanza hacia ella.

Se aclaró también en el apartado previo, la advertencia de la presunta etiología de las afrentas entre madre e hijo, reparando en la ficción de la información; bien lo dijo ya Lacan^{viii} “...toda verdad tiene estructura de ficción”, aunque un análisis del discurso de ambos en la esencia de su propio lenguaje no tendrá lugar aquí. Lo que nos ocupa es lo que se nos reveló tras varias sesiones de análisis y se convirtió en motivo de especial interés y nudo de la problemática del paciente. Se evidenció, de forma preliminar, que Set se auto protegía ante los ataques de su madre, ataques que ella no percibía cómo tales y en los que era ella misma quien proveía de municiones a su hijo, mismas que habían de rebotarle más adelante.

Set tenía por costumbre salir a jugar con sus vecinos quienes resultaban conformar también su grupo de amigos. En tiempos de aparatos electrónicos y video juegos sorprende que un joven de 14 años prefiera actividades al aire libre, a permanecer en casa frente al televisor; el asombro se disipó en cuanto se advirtió la dinámica dentro del hogar. ¿No es acaso la huida del peligro una señal de buen juicio?

Una tarde de día de escuela se encontraba la madre del joven echada en el sillón de la sala de estar viendo el televisor. Él (quien venía de desmontar su bicicleta, traía un desarmador en la mano) se acercó y le afirmó: “Voy a salir a jugar, al rato regreso”, ella de inmediato le contestó negativamente: “No vas a salir, ponte a hacer algo de provecho aquí”, él refuta: “Te estoy diciendo que voy a salir”, y entre dimes y diretes argumentando lo mismo una y otra vez, se arma la trifulca.

Paremos aquí para exponer que, tomando en cuenta la corpulencia de la madre y su posición inactiva, a ojos de cualquiera Set fácilmente pudo haber salido de la casa, inclusive

sin que ella se diera cuenta, o bien, ante la negativa, simplemente retirarse sin que se le pudiera detener. Sin embargo, el chico no pudo prescindir del permiso de su madre.

No se necesitó mucho para que después de varios forcejeos a gritos, el joven paciente -y pongamos especial atención en este movimiento- después de aventar el desarmador en la mesa de centro, se abalanzara contra ella y bregaran por un rato, hasta que él decidiera retirarse molesto a la planta baja. Esa tarde no salió a reunirse con sus amigos. Referimos aquí el episodio que en palabras de la madre fue un mortífero ataque hacia ella con un desarmador.

Durante una sesión seguida de la primera con la madre de Set en la que relata los ataques hacia su persona, el joven expresa con seriedad y desasosiego: “Ya sé que mi mamá le contó que yo la quise matar”, hace una pausa tratando de eludir el nudo que evidentemente se comienza a formar en su garganta y prosigue: “...yo jamás la lastimaría”.

Comenzando con la lógica de las pulsiones y el manejo de la economía psíquica que propone Freud tomando en cuenta sus evidencias clínicas respecto del amor y el odio, articulaba que: “puede afirmarse que los verdaderos prototipos de la relación de odio se derivan no de la vida sexual, si no de la lucha del ego por conservarse y mantenerse” (Freud, 1915).

Green (1990) por su parte, nos recuerda que una cierta violencia -término que en varios textos psicoanalíticos se empalma con el de agresividad- es inherente a todo movimiento pulsional y que toda pulsión es potencialmente violenta. Nos aclara también que

la violencia puede tomar diferentes significaciones: 1) la violencia de sobrevivir, derivada de las pulsiones de autoconservación; y, 2) la violencia matriarcal o narcisista y sobre todo la violencia desobjetivizante que implica una imposibilidad de identificación con el objeto y un deseo de muerte psíquica de éste. Piera Auglanier (1977) trabaja más bien sobre la imposición de un sentido que la madre lleva a cabo sobre el bebé.

Cuando de agresividad se trata, encontramos en la madre de Set esa misma disgregadora, castrante y mortífera de la que habla Lacan^{ix}. La agresividad que entonces manifiesta el paciente sugiere estar estrechamente ligada a las imagos directrices de los instintos constituyentes en su formación como sujeto; e inclinadas hacia "...los vectores electivos de las intenciones agresivas", o como los nombrará el autor: "...las imagos del cuerpo fragmentado" (Lacan, 1948), mismas que podrían imposibilitar la concepción de la imago formadora de la identificación. Pensaremos entonces que la reactivación de la agresividad (latente) ocurre a partir de la aparición de ciertas imagos motivantes; en el caso del paciente quizá el de la madre.

Lacan en el documento donde articula sobre la agresividad alega respecto de la identificación que ésta "...es una identificación con el otro como vive toda la gama de las reacciones de prestancia y ostentación, de las que sus conductas revelan con evidencia la ambivalencia estructural". Propone un ejemplo en el que el actor estaría identificado con el espectador y cómo a partir de una identificación original, ocurrirán en la vida del sujeto reevocaciones resultantes en la reproducción de inferioridades como lo puede ser la agresividad, muy a pesar de las funciones voluntarias en el adulto.

Posterior a la identificación, devendrá la formación del superyó; pero, de igual manera, le secundará a aquella la agresividad. El caso que nos ocupa lo puede ilustrar. El pequeño tuvo una identificación con el objeto de amor de su madre, quien tiene formas de actuación castrantes y represivas para con el deseo de su hijo. Es esa relación en la que la economía afectiva es dominada por la agresividad, misma que a la par es soportada y actuada, es decir, “subtendida por una identificación por el otro, objeto de la violencia”. (Lacan, 1938)

Podemos decir de Set que su agresividad y violencia no eran de naturaleza exclusivamente atacante, sino que expresaban también una forma de sentirse, de existir; por lo tanto, estaban también al servicio de la confrontación, del intento -aunque fallido- de reconocimiento de sus propios límites. Su yo, en momentos frágil, hacía intentos por no renunciar a su individualidad y entre esos pasajes de encuentros agresivos, la violencia le confirió identidad y le generó también un sentido de pertenencia.

Allí donde era igual que los otros, más que ser visto como un agente agresivo, era visto como un líder, el de las grandes ideas, todo un héroe.

4.5. Avatares del proceso terapéutico; toma de conciencia. Alienación y separación.

Desde la perspectiva freudiana se piensa que, dado el desamparo de la cría humana al nacer, se vuelve imprescindible el otro parental, pero luego todo adulto maduro debe separarse, afectiva e intelectualmente, para adquirir su personalidad individual.

Dentro de las impresiones lacanianas, la estructura esencial del deseo del hombre es que es el deseo del Otro; no hay posibilidad de que el deseo se exprese mediante un “yo deseo”.

Tomando en cuenta lo anterior, se podría pensar a la alienación como la dependencia con el Otro; y la separación como una liberación o independencia hacia uno mismo. Si es traducido a la relación de Set con los otros, pensaríamos que tendría que separarse de éstos y asumirse a sí mismo; pero eso no resultaría del todo posible, ya que la operación alienación-separación que sugiere Lacan, opera de manera distinta a lo dicho anteriormente, como ya se ha explicitado en el capítulo II.

La separación pues, tendrá juego con la entrada de la falta del Otro; y es ahí donde acontece la posibilidad de rescate del significante en juego; no se trata de liberarse entonces de aquel, sino de articularse con su falta. Sería la relación del sujeto con el otro el lugar donde se posibilitaría la articulación de la alienación y la separación.

En una tarde de sesión con la madre, ésta señala: “No sé qué hacer con él, a todo me dice que no. Acepto que quizá mis maneras de pedir las cosas no son las mejores, pero ya he intentado de varias maneras y nada”. Durante la misma sesión confiesa con actitud imperativa: “Me dijo que le gustaría ir a clases de natación, y que ya preguntó en una alberca, y yo ya le dije, pues de una vez te digo que yo no te puedo llevar, le puedes pedir dinero a tu tío, pero a ver cómo te vas. Ya vas a entrenar fútbol y ¿ahora quieres natación?” Recordamos el momento en que el joven comenzó a entrenar balompié.

Pasados unos meses de acudir al tratamiento, el paciente comenta entusiastamente: “En la privada donde vivimos abrieron una convocatoria para entrenamientos de futbol, citaron el lunes pasado para las pruebas para ver quién y quién entraba, y fui. Creo que soy el más grande. El entrenador nos dijo que ahora iba a citar a los papás para platicar con ellos y que sólo si nos portábamos bien en casa y vamos bien en la escuela podemos entrar a jugar, o sea, sí podemos seguir entrenando, pero si no nos portamos bien, no nos mete a los juegos”.

Se le preguntó: ¿Cómo se daría cuenta el entrenador de estas situaciones? A lo que contestó: “Él les iba a dar una hoja a los papás para que vayan calificando cada semana, por puntos, cómo nos portamos y la van a firmar y nosotros la tenemos que llevar cada que entrenemos. Entonces le dije a mi mamá que para entrar al equipo ella tenía que ir a hablar con el entrenador, y ella me dijo que no tenía tiempo”. Su semblante cambia y sigue narrando: “Le dije, Paty -ya se había anotado que llamaba a su madre por su nombre propio- es que tienes que ir porque si no, no me dejan entrar”. Esto encendió otra violenta discusión entre ambos.

El día que tenían que ir los papás a la reunión, la madre no acudió, pero el hijo persistió en su demanda y por fin, la semana siguiente, ella fue a recoger el papel requerido. Palabras de la madre: “Set me dijo que tenía que ir por un papel, de no sé qué, con el muchacho que los entrena y no pude ir, tenía cosas que hacer; pero el día que fui, nada más vio que iba llegando en el carro y corrió hacia mí, y me dijo: qué bueno que viniste mamá”. Los ojos se le cristalizan de lágrimas y termina la sesión diciendo: “Hacía mucho que no me decía mamá”.

Es por demás interesante la postulación que sugiere Auglanier (1977) respecto de la relación madre-hijo, pensando que es en el registro del pensamiento donde se va a desencadenar una lucha decisiva concerniente a la aceptación o rechazo por parte de la madre para reconocer la diferencia, la singularidad, la autonomía del nuevo ser que ha sido totalmente dependiente de ella para su sobrevivencia. Permitirle esto al infans, observa la autora, “dará origen en éste a guardarse sus pensamientos”, lo que implicará tener un espacio psíquico diferenciado del de la madre, donde la posibilidad de un espacio íntimo y secreto sea totalmente viable. Aunado a esta concepción de la diferenciación entre progenitora e hijo, Jaques Lacan se otorga la tarea de analizar esta diferenciación a un nivel más reflexivo.

Sería la relación del sujeto con el Otro -las primeras relaciones del niño con sus objetos de amor, como lo es la madre, serán determinantes para las relaciones que posteriormente establezca- el lugar donde se posibilitaría la articulación de la alienación y la separación. Una vez que el joven paciente percibe como atendida su demanda (ir a hablar con el entrenador), logra a su vez reconocer a su madre y reconocerse él mismo como hijo de ésta. Es revelador cuando ella enuncia: “Hacía mucho que no me decía mamá”. Bien sugiere el autor francés a la separación como la “superposición de dos faltas” (Lacan, 1964).

Lacan da lugar a los hallazgos de Melanie Klein en los niños en etapa infans y remarca de manera importante cómo “...un niño que no habla reacciona de manera diferente ante un castigo y a una brutalidad” (Lacan, J. 1956). Pensemos aquí en lo que consigue el niño o, en este caso, el joven adolescente, cuando comienza a articularse en el lenguaje para conseguir cosas. En un inicio, la presencia de su madre frente al entrenador y, más adelante, otras concesiones, mismas que no se mencionarán acá.

Set ha podido oponerse al poder materno, aquel que le mandaba buscando en él el obediencia instantáneo y el sometimiento absurdo; pero no confundamos esto con una liberación del sujeto, y tampoco pensemos en el camino hacia la felicidad o el fin de los momentos amargos. Pensemos en su lugar en una primera separación asumiendo la posición subordinada de ese hijo ante su madre y ante otras figuras de autoridad como lo puede ser el entrenador, pudiendo devenir más adelante en la admisión del derecho de preservación de sus pensamientos personales y secretos para que no sean avasallados. Hacerse responsable pues, de sus propios deseos y lo que se origine de ellos. Por un lado el anhelo de formar parte de un equipo de fútbol y entrenar con sus iguales, buscando quizá ese reconocimiento que siempre ha tenido de éstos; y, por el otro, el compromiso de demostrar conductas alineadas con las exigencias correspondientes a su medio social.

Lacan dirá que no se trata de volver a nacer, sino de la puesta en funcionamiento de la parte, perdida de sí, de la identidad, de la falta. Lo que se afianza en un estado que califica el autor de civil, el cual indica relaciones con Otro u otros en el marco legal y cultural.

NOTAS

^{vi} Tal como se encontró en el expediente del paciente. *Archivo de la Unidad de Servicios Psicológicos (USP)*.

^{vii} Lacan, J. (1957-58) *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*. Cap. IX, X y XI Paidós: Barcelona.

^{viii} Lacan, J. (1986) *El Seminario Libro 11*. Buenos Aires: Paidós. P. 170.

^{ix} LACAN, J. (1948). *La agresividad en psicoanálisis*. En LACAN, J. (1984) *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

Al iniciar el trabajo de investigación que aquí se lee, se plantearon algunas preguntas y se anotaron una serie de supuestos que habrían de ser respondidas y corroborados o denegados; la tarea sería hacer uso de un recorte clínico para conseguirlo. Tal es el motivo de que a lo largo de cuatro capítulos se hayan esclarecido puntos esenciales tanto de la teoría que le circunda como del caso mismo. Una interrogante surge en este punto del trabajo: ¿Se ha logrado, como se pretendía, responder y confirmar lo pensado en un comienzo?

Existía la idea de que hubiera un proceso que nos llevara al encuentro con lo que “es” verdaderamente. Ya se habló en el texto de la verdad -concepto dirigido hacia el discurso del analizante- de las tres verdades que considera Freud y de la verdad del sujeto. Pero hablemos aquí de la verdad que se podría buscar, o no, tras el camino de la investigación psicoanalítica.

Los propósitos se ligarán a cada investigación en particular, tal y como se habla del trabajo, caso por caso, en la disciplina a la que aludimos; se trazan preguntas y supuestos que han de ser dilucidados y, en la búsqueda, el sendero que se traza (por el investigador, claro está) para llegar a ellos, no habrá de ser saboteado. Entonces, en el camino nos topamos con la búsqueda por encontrar esa que fue criticada ya en el capítulo tres.

¿Qué hace un principiante en la clínica desde el abordaje psicoanalítico, sino conocer y profundizar en la materia? Y en el encuentro con harta teoría, con contradicciones entre autores y con un abismo de desconocimiento de mucha más bibliografía que se encuentra flotante en el mar de los libros y artículos sobre psicoanálisis; con el empuje de obtener más

que experiencias de un programa de estudios de posgrado: el grado; no se consigue más que desarrollar los hallazgos de manera congruente, acotando la teoría al caso clínico y viceversa.

No es menester hacer algún tipo de aporte en ningún rubro por parte de una servidora; sin embargo, plazeramente se han descubierto autores con sus paradigmas, quienes dejan lo que en este escrito se ha presentado; por un lado, el producto de los nuevos saberes y, por el otro, la conciencia de lo no dominado, aquello que habrá de conocer.

Aunque lo que importó al final fue comprender mejor la especificidad de la constitución de los rasgos obsesivos en la neurosis, las partes en juego y, claro está, la formación de la identidad con la presencia ineludible de la agresividad en el entorno familiar y, por ende en el hijo, protagonista de la historia aquí contada; sin duda se han logrado situar los elementos que colaboran en la formación de la identidad y la agresividad del sujeto como parte su constitución psíquica, y es lo que se ofrece aquí: una perspectiva escópica del tema en cuestión.

Se elaboró un recorrido desde la concepción de Alfred Adler en 1908 con su propuesta de la pulsión de agresión, pasando por las nociones de varios filósofos respecto de ésta y el aporte de Sabina Spielrein en 1911 refiriéndose ya, para ese entonces, al instinto de muerte y la pulsión de destrucción; tema que ya había sido expuesto por Freud en 1909 como: la pulsión de muerte.

De esto se logra desprender una explicación metapsicológica, en la que la relación de la energía libidinal con la fuente de angustia puede estar estrechamente ligada; su descarga a

la vez tiene varias posibilidades de fuga. La manera en que la carga podría ser liberada pareciera estar ligada a las propias posibilidades que el entorno del entonces bebé le proporciona. No se deben subestimar las vicisitudes en los primeros encuentros, que con el mundo tiene el psiquismo del pequeño, ya que desde el inicio sus fantasías se ponen en juego. Y respecto del asunto económico y hablando de pulsión, se observa de cerca lo que Lacan diría en 1964 en cuanto que toda pulsión es virtualmente pulsión de muerte.

La economía de las pulsiones se lleva a cabo nada menos que para la conservación del individuo, y mientras Freud mantiene su distancia con la influencia de las figuras parentales en este proceso, pensándolo estrictamente desde lo biológico: pulsión de vida y pulsión de muerte; Lacan introduce en la escena la importancia del Otro en la constitución del yo, siendo la incompletud de ese Otro lo que genera la falta en el individuo y hace referencia a la dialéctica que se da entre el sujeto físico y el mundo social imaginario. La pulsionalidad se considera como el inicio de la vida psíquica, el principio de la ruta que ha de seguir el sujeto para llegar a conformar su identidad.

Más que la identidad como sinónimo de mismidad, se hace alusión a la idea de igualdad y diferencia a la vez, ya que a pesar de que se busque una y otra vez la similitud mediante la identidad de percepción, la diferencia se presenta en cada oportunidad. Saltamos entonces entre términos: de la identidad a la identificación y de la identificación a la identidad.

Tanto para Freud como para Lacan se halló que la identificación es entendida como un mecanismo constitutivo del yo y del sujeto. El concepto en la obra de Freud aparece

vinculado a diferentes fenómenos que plantea el autor: a la constitución de yo, ideal del yo, superyó (“el yo y el ello”, 1923); las cuestiones sobre la elección de objeto a través del complejo de Edipo (“pulsiones y destinos de pulsión, 1915); y en la identificación con el grupo (“la psicología de las masas”, 1921). Es de esta última noción de la que Lacan desplegaría la definición de lo que entenderá en su obra como *identificaciones freudianas*; desde ese lugar, el sujeto no es otra cosa que la sumatoria de sus identificaciones.

Lacan, en oposición al registro freudiano de la incorporación formadora y normalizadora, pone énfasis en el carácter alienante de la identificación, la cual tiene como efecto conducir al sujeto a un falso ser, a ser lo que no es. El autor da lugar a dos tipos de identificación: una con la imago del semejante, la otra con la imago paterna, ambas imaginarias. Más avanzado en su obra, delimita la identificación imaginaria con el falo y la identificación simbólica con las insignias del padre.

Lleguemos aquí a la conclusión, consistente en la conjunción de ambas propuestas. Un indicador diferencial en ambas es la noción de lo patológico y lo normal. Mientras que el padre del psicoanálisis le otorga a la identificación un estatuto de lo positivo en tanto promueve la asimilación, la inserción y la adaptación del individuo a su sistema social; Lacan le concede el carácter de alienante, obturadora del deseo, necesaria, sin embargo, para alcanzar la enajenación.

Con las identificaciones freudianas se piensa en un joven paciente que ha investido a la imago de la madre y se ha identificado con el padre en tanto varón; también se piensa en un sujeto que ha podido introyectar las propiedades de la sociedad y se identifica con su

sistema; pero que, al mismo tiempo, esas referencias hacen las veces de fuente de malestar. Hablamos aquí de la ambivalencia ante la identificación, la renuncia que se exige para poder pertenecer, las odiosidades, costo de estar en esta sociedad. Con las concepciones lacanianas se vislumbra también la paradoja; aquello con lo que se identifica el sujeto, más que representar al mismo, puede hacer no más que hacerlo caer en el descontento, la falta, el malestar.

La agresividad, como la reacción contra todo aquello que obstruya todo deseo o lucha del yo por su confirmación y afirmación, se deja ver en el caso narrado como una herramienta subjetiva que ha apoyado en la conformación de la identidad. Se piensa de esta manera debido a que realmente es un rasgo que ha venido identificando al joven paciente, no sólo en lo inmediato, sino que aparece y retorna constantemente en su historia personal.

Así, no se podrían entender los actos agresivos de este joven bajo un principio de violencia, en tanto su fin no es someter a otro, sino que se traduciría en un acto defensivo, ante aquel que se erige como factor estresante. Considerando esto, no se puede pensar tampoco en que los hechos o conductas violentas no se consideren como tales, ni tampoco guardar calma ante el factor de que no sea violencia propiamente dicha, ya que situándolas en diferentes contextos, son tomadas así. Se apelaría, más bien, a que la agresión no sea el único mecanismo que el joven haya de encontrar ante los ataques que su yo perciba como nocivos para sí.

Sería un error pensar que los mecanismos adyacentes con los que debiera contar el joven le corresponderían formarlos a él, ya que pertenece a una sociedad culturizada,

encargada de trazar y modelar las emisiones de pulsión en cualquiera de sus modalidades: agresión, amor, trabajo físico, juego, etc.

Es por eso que se considera a la familia como primer corresponsable de la instauración de la ley del padre como la productora de pautas de comportamiento consistentes que provean al sujeto de los mecanismos que le apoyen a sobrellevar el conflicto entre pulsión y cultura, “en el sentido de que no todo es posible, marcando desde la estructuración normativa un límite entre lo prohibido y lo permitido en cada cultura en particular” (SU, 2008).

Consideremos en primera instancia la cuestión de la agresividad para posteriormente pasar a las cuestiones de orden familiar. Así como el juego es a la infancia, el actuar es a la adolescencia. Pareciera que cuando la realidad interna queda excesivamente desbordada, se puede encontrar con situaciones que llevan al adolescente a lo que se da en llamar el pasaje al acto con la singular característica de una inversión del movimiento pulsional sobre la persona propia. Esta inversión es determinada por los movimientos de odio dirigidos contra los objetos, en este caso, hacia la figura materna, aun cuando a nivel manifiesto, es el adolescente el agredido, generalmente a nivel psíquico, aunque a veces a nivel físico, por acciones autodestructivas. Estas acciones condensan la experiencia violenta de una agresividad que despedaza y que junto con la culpa agregada, configuraron en su momento un cuadro intenso y desbordante.

La problemática de la agresividad en el caso que se ha presentado en los capítulos anteriores parece estar ligada principalmente a las figuras parentales, a la estructura edípica y a las identificaciones que el menor ha adoptado en su relación con las primeras. Se devela

también la dinámica en la que se sustituye a la figura paterna dentro del núcleo familiar. Por un lado, una madre que en cada interacción clama por ese que ha de ser adulto junto con ella, pero que además ha de cumplir sus “caprichos”, tal y como lo esperaría históricamente de su cónyuge; y por el otro, un hijo que mantiene una relación con su madre con esa segunda mirada de la que habla Leclair, la mirada “...de lo que la madre esperaba del padre”.

Con la agresividad, el paciente perturba a su madre, introduciendo con ello algo de su propia subjetividad que incomoda al otro quien pide la consulta. Sobre todo si consideramos que la subjetividad no es concerniente al desarrollo, sino a los accidentes del desarrollo por efecto del significante, lo que implicaría que si bien la agresividad no comporta un significante no quiere decir que no sea efecto del mismo.

Esto, dentro del trabajo terapéutico implicó, por un lado, que el mismo no estuviera dirigido hacia quitar o desaparecer las conductas agresivas, ni tampoco a hacerle la situación más ‘cómoda’ a la familia, aunque tampoco se trataría de afectar este deseo de la madre en primera instancia. Aquí el trabajo implicó un movimiento que permitió al joven adolescente una salida del punto de dificultad con el que estaba topando en las diversas esferas de su vida, sí facilitado por las intervenciones de la terapeuta, pero también en conjunto con el trabajo con la madre y, sobre todo, por los mismos movimientos discursivos del joven; fundamentando que existe una dependencia real del paciente al campo del Otro.

En los inicios del tratamiento, y pensando que fue incluso una continuidad del mismo, se optó por prestar atención a las actuaciones del paciente, intentando darle un sentido inmediato. Tal movimiento fue advertido en la supervisión del caso, y se le redireccionó, en

primer término, hacia despejar la función efectiva de las agresiones en el funcionamiento psíquico. Despejando su función pudieron desplegarse las significaciones defensivas de las actuaciones, así como también comprender hacia dónde se dirigieron y qué elementos determinaban su repetición. La comprensión del analista de este aviso por parte del adolescente, enigmático y confuso, constituyó un punto de aproximación transferencial muy importante.

El hecho de que en el espacio terapéutico el paciente se encontrara con una figura del analista más neutral y dispuesta a escuchar su propia verdad, facilitó también la transferencia y el encuadre. Ahí, el joven dejaba correr esas historias que no se permitía ni siquiera contar porque no le eran creídas; logró acceso no sólo a relatarlas sino, a partir de ellas, crear nuevas cosas y nuevos caminos para significar y simbolizar de manera diferente sus propios deseos y su propia demanda.

El tratamiento se pensaba en un comienzo, y con las referencias previas, lento y sinuoso, pero no fue así. Se perdió la rigidez del dispositivo y eso permitió crear y hacer nacer y crecer más cosas.

Insistir en la importancia de actividades extracurriculares y/o complementarias en la formación de un adolescente se hace imprescindible, sobre todo cuando existe un ambiente familiar hostil; recurrir a espacios e interacciones que le permitan hacer una diferencia entre la apariencia y el ser, lo que podría, en el mejor de los casos, facilitar un movimiento y efectuar subjetivos.

El principio de realidad y las represiones culturales planteadas con gran precisión por Freud, como elementos básicos de la manifestación del instinto de muerte, permiten repensar las relaciones interpersonales en el presente, desde una perspectiva realista, aceptando al ser humano con sus tendencias ambivalentes de capacidad de amar y de odiar, de crear y de destruir. Sobre todo dentro de una realidad familiar que poco deja para sublimar dentro de ella, en la que no queda más que servirse de los medios electrónicos para intentar llenar esos vacíos que reaparecen una y otra vez como pozos sin fondo. Se puede pensar en la posibilidad de una sociedad que ofrezca un contexto cultural que le posibilite, no sólo a este paciente, sino a todo sujeto en desarrollo, el trascender las ambivalencias y derivar de ello una vida productiva en el sentido social del término.

No podría abandonar este trabajo sin hacer referencia a la quinta tesis que enuncia Lacan respecto de La agresividad en psicoanálisis (1948) para mencionar el aspecto social que no se debe dejar de lado, en donde se plantean las diferentes apariciones sintomáticas con “sus secuencias sociales de fracaso y crimen”. Plantea al sujeto como una víctima conmovedora, evadida e irresponsable dentro de una sentencia que le condena en el mundo que él llama moderno, pero con tintes, bien sabemos, de posmodernidad. La tarea del analista será la de abrir una vía de sentido haciendo uso sí de la transferencia, pero también de la disparidad de posiciones.

Bibliografía

AULAGNIER, P. (1977). La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado. Buenos Aires: Paidós.

BERGERET, J. (1994) La violence et la vie. París; Payot.

BLATTER, J. (2008) *Case study*. En: The Sage Encyclopedia of Qualitative Research Methods. Londres: Sage publications.

BLEICHMAR, H. (1998). *Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Barcelona: Paidós.

CANCINA, P. (2008). La investigación en psicoanálisis. Rosario: Homo Sapiens.

CHABERT, C. (2000). *Le passage à l'acte, une tentative de figuration*. En Adolescence. Monographie, ISAP. P. 57-62.

CUEVAS, J. (1996). *¿Epistemología del Psicoanálisis?* En CASAS, J. (1996) *La función de la teoría en Psicoanálisis*. México: UAQ.

DÖR, J. (2006). Estructuras clínicas y psicoanálisis. Buenos aires: Amorrortu.

DUEZ, B. (2007). Narcisismo primario o narcisismo originario: El trabajo del narcisismo en grupos. *Psicoanálisis e Intersubjetividad*. No. 2.

FLECHNER, S. (2003). De agresividad y violencia en la adolescencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. No. 98. Pp. 163-183.

FREUD, S. (1914). *Introducción al narcisismo. Tomo XIV. Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrórtu.

_____ (1916). *Los actos fallidos. Tomo XV. Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrórtu.

_____ (1920). *Más allá del principio del placer. Tomo XVIII. Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrórtu.

_____ (1923). *La organización genital infantil. Tomo XIX. Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrórtu.

_____ (1930). *El malestar en la cultura. Tomo XXI. Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrórtu.

_____ (1974) Correspondencia S. Freud y C. G. Jung. Madrid: Taurus.

GARCÍA, J. (1978). Integración del psicoanálisis individual y la terapia familiar en el proceso terapéutico del paciente psicótico. *Revista de Psicoanálisis*, Vol. 35, No.3, 529-578.

GREEN, A. (1990) La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud. Buenos Aires: Amorrortu.

JUNG, C. (1911) *Metamorfosis y símbolos de la libido*. Madrid: Trotta.

KERNBER, O. (2005). *El odio como afecto nuclear de la agresión. Agresividad, narcisismo y autodestrucción en la relación psicoterapeuta*. México: Manual Moderno. Pp. 27-43.

LACAN, J. (1948). *La agresividad en psicoanálisis*. En LACAN, J. (1984) *Escritos I*. Siglo XXI: Buenos Aires, 1988.

_____ (1949). *El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia analítica*. En LACAN, J. (1984) *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.

_____ (1956). *El seminario sobre la carta robada*. En LACAN, J. (1988) *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.

_____ (1956). *Las Psicosis*. En LACAN, J. (1984) *El Seminario 3*. Barcelona: Paidós.

_____ (1957-58). *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*. Cap. IX, X y XI Paidós: Barcelona.

_____ (1964). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. En LACAN, J. (1995) *El Seminario 11*. Barcelona: Paidós.

_____ (1969) *Dos notas sobre el niño*. En LACAN, J. (1988) *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial.

_____ (1972-1973). *Aún* En LACAN, J. (2004) *Seminario 20*. Buenos Aires: Paidós.

_____ (1978). *La familia*. Buenos aires: Argonauta. (Trabajo original publicado en 1938 con el título original *La Famille*, Encyclopédie Française, Paris: A. de Monzie).

_____ (1987). *Posición del inconsciente*.) *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.

LAPLANCHE, J.; PONTALIS, J.B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

LECLAIRE, S. (1971) *Desenmascarar lo real. El objeto en psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

- LÓPEZ, O. (2004). La agresividad humana. *Revista Electrónica Actualidades Investigativas en Educación*. No. 2, vol. 4.
- MERTENS, D. (2005). *Research and evaluation in education and psychology. Integrating diversity with quantitative, qualitative and mixed methods*. Thousand Oaks: Sage publications.
- NOROÑO, N; CRUZ, R; et al. (2002). Influencia del medio familiar en niños con conductas agresivas. *Revista Cubana de Pediatría*. No. 2, vol. 74.
- OSORIO, F. (2012) *Hijos perturbadores, negativistas y desafiantes*. Buenos Aires: Noveduc.
- PERRÉS, J. (1985). *Freud y sus epistemologías. Aportes para una epistemología freudiana*. El nacimiento del psicoanálisis. Apuntes críticos para una delimitación epistemológica. México: UAM-Plaza y Valdés.
- ROJAS, P. (2014). El imaginario, narcisismo y agresividad en psicoanálisis: del joven Lacán a la violencia urbana. *Affectio Societatis*. No. 14, vol. 8.
- ROJAS, R. (1981). *Guía para realizar investigaciones sociales*. México: UNAM.
- ROSENFELD, H. (1971). Aproximación clínica a la teoría psicoanalítica de los instintos de vida y de muerte una investigación de los aspectos agresivos del narcisismo. *The International Journal of Psycho-Analysis*. No. 2, vol. 52. Pp. 169-177.
- ROUDINESCO, E., BADIOU, A. (2012). Jaques Lacan. Pasado-Presente Diálogos. Buenos Aires: Edhasa.
- SCHMELKES, C. (1998). *Manual para la presentación de anteproyectos e informes de investigación*. México: Oxford.
- STAKE, R. (1995). *The art of case study research*. Londres: Sage publications.
- VAN RILLER, J. (1978). *La agresividad humana*. Barcelona: Herder.
- VAN RILLER, J. (1985). *Las ilusiones del psicoanálisis*. Barcelona: Ariel, S.A.
- WINNICOTT, D. (1956). *La tendencia antisocial. De la pediatría al psicoanálisis*. París: Payot.
- _____ (1971). *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa.
- _____ (1950). *La agresión en relación con el desarrollo emocional*. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (1999). Barcelona: Paidós . p. 275-293.
- ZUBICARAY, F. (2014) *Un cabeza volada*. El diario del siglo XXI. Madrid: Verbum.

Linkografía

BERNAL, H. (2012). *Violencia y agresividad: la intención agresiva*. [en línea] Wordpress 2014. [fecha de consulta: 18 de mayo]. Disponible en: <http://bernaltieneunblog.wordpress.com/2012/09/06/351-violencia-y-agresividad-la-intencion-agresiva/>

GANIM, B.(2013). *Alienación y separación*. [en línea] La Guía 2013. [fecha de consulta 21 de agosto]. Disponible en: <http://psicologia.laguia2000.com/psicoanalisis/alienacion-y-separacion#ixzz3mPGsHoRY>

HERMITE, T. (2011). *Narcisismo patológico*. [en línea] Revista de psicología y humanidades. Epsys 20011. [fecha de consulta: 18 de mayo]. Disponible en: <http://www.eepsys.com/es/narcisismo-patologico/>

HORNSTEIN, L. (2008). *Hacia una clínica del Narcisismo* [en línea] Intercanvis 2008. [fecha de consulta: 18 de mayo]. Disponible en: <http://www.luishornstein.com/textos/clinicadelnarcisismo.pdf>

MATEUS-MASS. *Análisis desde la perspectiva psicoanalítica de la dialéctica de la agresividad en los niños que son llevados a la consulta externa de psicología de la F.H.U.* Psicomundo 2002. [fecha de consulta: 23 de agosto de 2015]. Disponible en: <http://www.psicomundo.com/foros/investigacion/cepum.htm>

MAZZUCA, R. (1931-1959). *Las identificaciones en la primera parte de la obra de Lacan*. [en línea] Anu. Investig. V. 14 Ciudad Autónoma de Buenos Aires ene/dic 2007. [fecha de consulta: 25 de agosto de 2015]. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-16862007000100037

SIBILS, R.; ZELCER, Mirta.; PÉREZ, Carlos. (2011). *Cómo trabajar con el encierro narcisista*. [en línea] Topía 2011. [fecha de consulta: 18 de mayo]. Disponible en: <http://www.topia.com.ar/articulos/c%25C3%25B3mo-trabaja-encierro-narcisista>

SPAGNUOLO, A. (2006). *Acerca del Narcisismo*. [en línea] Enigma Psi 2014. [fecha de consulta: 18 de mayo]. Disponible en: <http://www.enigmapsi.com/narcisintesis.htm>

SU, P. (2008) *El niño y la ley*. [en línea] El Zigma 201. [fecha de consulta: 23 de agosto de 2015] Disponible en: <http://www.elsigma.com/site/detalle.asp?IdContenido=11783>

VALDÉS, S. (2013). *Agresividad y narcisismo*. [en línea] [fecha de consulta: 18 de mayo]. Disponible en: <http://www2.kennedy.edu.ar/departamentos/psicoanalisis/IVjornadas/svaldez.pdf>

VEGA, V. (2015). *El complejo de Edipo en Freud y Lacan*. [en línea] Ficha de cátedra. Of. de publicaciones. Facultad de Psicología. UBA. [fecha de consulta: 20 de agosto de 2015] Disponible en:

http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/obligatorias/05_5_adolescencia1/material/archivo/complejo_edipo.pdf